

EL COJO ILUSTRADO

Año III

15 DE MAYO DE 1894

Nº 58

PRECIO

SUSCRICIÓN MENSUAL B. 4
UN NUMERO SUELTO. . . . B. 2

EDITORES PROPIETARIOS

J. M. HERRERA IRIGOYEN Y CA.

EMPRESA EL COJO-CARACAS-VENEZUELA

DIRECTOR: MANUEL REVENGA

EDICION BIMENSUAL

DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO

CARACAS — VENEZUELA

EL DR. DON PEDRO GUAL

EL COJO ILUSTRADO presenta hoy en sus páginas el retrato del ilustre venezolano que en sus días mereció se le llamase *Primer diplomático del Nuevo Mundo, magistrado íntegro, administrador probo, jurisconsulto recto, estadista hábil y ciudadano impertérito*. Esto, dicho de un hombre en tiempos en que aún así se calificaba sólo á quien justamente lo mereciese, revela qué suma de altas prendas poseía el eximio patriota á cuya memoria rinden veneración los pueblos todos que formaron un día la Gran Colombia.

Dechado fue, en efecto, el doctor Gual, de virtudes públicas y privadas. Su nombre figura en nuestros anales desde que en ellos se halla la palabra independencia. Desde el albor de nuestra gloriosa emancipación, la vida del doctor Gual constituye no interrumpido servicio á la causa de la libertad y á la patria: vida sin mácula, ilustrada por altos hechos de los que fijan honra para toda la descendencia de quien los ejecuta; y sembrada de rasgos de los que acreditan de varón justo á aquel en quien se observan. Entre los primeros, hállese, el tratado en que Inglaterra reconoció la independencia de Colombia, el tratado de paz y alianza entre Colombia y el Perú, el tratado en que España reconoció la independencia del Ecuador. Entre los segundos merece especialísima mención un rasgo que á las claras deja ver el fondo de un carácter eminentemente probo. En la postrimería de tan notable hombre público, á la sazón que desempeñaba la presidencia de Venezuela, le fue presentada una lista de cincuenta y dos ciudadanos pertenecientes al partido que hacía guerra armada al que le sustentaba en el poder, para que les proscibiese de la patria. Tomó el doctor Gual, en silencio, una pluma de la mesa inmediata y de manos del Ministro la lista que encabezó con este nombre: PEDRO GUAL; lo que hizo que, corrido y desechado dimitiese á luego el proponente.

Recorrió en los días de nuestra guerra magna todo el campo americano de la lucha en asidua y fructífera labor humanita-

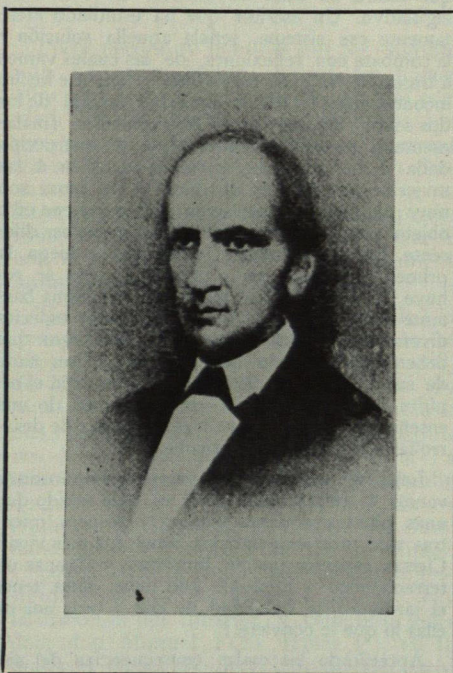
ria. Entonces, y también después, no pocas veces dejó la patria colombiana en servicio de ésta para trasladarse al extranjero, en donde siempre parecía aguardar el buen éxito su acción para aumentar con nuevo timbre los antes conquistados.

El caso de esta vida cuyo objeto se reduce á lo que expresan estas palabras: PATRIA, JUSTICIA; demuestra cómo hay seres

Sombra augusta: con este humilde homenaje á tu memoria corresponde hoy al agasajo cariñoso que de tí en la infancia recibiera quien capaz ahora de apreciarte te ensalza justiciero.

EUGENIO MÉNDEZ Y MENDOZA.

Caracas: 9 de mayo de 1894.



DOCTOR DON PEDRO GUAL

en quienes el ideal es esencial parte de la vida.

Traicionado, convencido como Bolívar de que había arado en el mar, triste con la tristeza de las grandes almas, dejó el solar nativo pero no el territorio de lo que fue la Gran Colombia, ilusión desvanecida de sus floridos años; y apenas llegado á Guayaquil, á donde acompañado de sus excelentes hijos pasó cuando de su patria 'despidieronle la ingratitud y la traición, allá rindió la vida el Primer Diplomático de Colombia, el varón justo, dejando acéfalo el hogar honrosamente pobre, del que florece aún en el último miembro la semilla de virtud que regó en torno el nunca bien llorado compatriota.

CRÓNICAS YANKEES

New York: Abril de 1894.

He aquí que la vieja cuestión americana de la igualdad política de los dos sexos, largo tiempo debatida y no resuelta aún por la generalidad de los Estados de la Unión, reaparece con calor y atrae la atención pública embargada hasta aquí por cuestiones de más apremiante carácter. Causas remotas pero cuya acción es poderosa y permanente y algunos hechos recientes, contribuyen á producir esta especie de resurrección, cuyas probables consecuencias no es posible apreciar en estos momentos. El resultado de las elecciones últimamente verificadas en dos de los tres Estados que han resuelto afirmativamente el problema, invistiendo á las mujeres del derecho de elegir y ser elegidas para los puestos públicos, es tal vez el más eficaz de los agentes que producen este despertar. Aquellos tres Estados, Iowa, Colorado y Kansas pertenecen á la sección del Oeste, donde en el sentir de su prensa la genuina civilización norteamericana viene preparando de tiempo atrás su tipo representativo más perfecto, circunstancia que debe tenerse muy presente para fijar el carácter del actual movimiento y graduar su probable desarrollo. Principios diversos, los más de ellos de carácter puramente ético, determinaron en cada uno de esos Estados el llamamiento al sexo femenino como elemento elector auxiliar. En Iowa el punto de fundamental divergencia entre republicanos y demócratas ha sido durante los últimos años el de la legislación sobre la producción y expendio de los licores. Todos ellos reconocen la conveniencia y aun la necesidad de combatir la llaga del alcoholismo, pero mientras los unos prefieren para el efecto los medios puramente indirectos, los otros más impacientes ó acaso más instruidos en la tradición puritana que tan amenudo confundió la moral con el derecho, quieren que la ley intervenga eficazmente, á riesgo de violentar la evolución entre ella y la costumbre. No hace mucho, que uno de los órganos más importantes de la prensa del mismo Estado, observaba con melancolía, que la intervención electoral de las mujeres no había producido hasta allí los benéficos resultados que esperaban obtener los patrocinadores de esa intervención. "La presencia de nuestras mujeres en la cosa pública, decía el escritor, no ha llevado más alumnos á nuestras escuelas ni más moralidad á nuestra administración, ni ha disminuido el número de los trabajadores que van á

arruinarse moral y materialmente en nuestras tabernas. La ignorancia, la corrupción y el alcoholismo son hoy los mismos, pero con la adicional é implícita sanción de nuestras madres y esposas."

De más amplio y trascendental carácter son las cuestiones que en Kansas y Colorado han recibido en las últimas elecciones el voto de las mujeres. Los antiguos partidos históricos, ceden allí el paso, mal su grado, á la causa del socialismo, apenas disfrazado con el ambicioso nombre de causa popular, ó *populista*, "como lo reza la jerga en que se entienden los políticos." Cuantos en uno y otro Estado invistieron á la mujer del derecho de su sufragio, abrigaban sin duda la íntima esperanza de hacer de ella un poderoso auxiliar para la causa que habla en nombre de los débiles y los afligidos y ofrece curar sus dolencias. Sin embargo el resultado de las elecciones lejos de confirmar aquellas esperanzas las ha burlado por completo. La mujer electora y elegible, ha votado por el orden de cosas existente y por sus candidatos, no obstante la sensibilidad enfermiza y la pasión estraviadora, que en concepto de sus adversarios la imposibilita para ejercer provechosamente aquel derecho. El ensayo resulta ser así un argumento experimental de gran fuerza en favor de la idea y de los que quieren hacerla extensiva á los demás Estados.

Ni es sólo en el Oeste donde ella gana terreno y hace con felicidad dos de sus tres primeros ensayos. Massachusetts, entre los Estados de Nueva Inglaterra, la discute hace ya mucho tiempo y en la actualidad está á punto de someter la reforma á un voto plebiscitario, que tendrá lugar tan luego como se resuelva la propuesta cuestión sobre la constitucionalidad de la ley que así lo determina.

No es menor el interés que manifiesta la opinión pública en este Estado, y particularmente en su gran metrópoli. Hasta aquí uno de los principales argumentos aducidos en contra de la igualdad política de los dos sexos, ha sido el de la suprema indiferencia con que las mujeres mismas han mirado la cuestión, pero recientes indicaciones demuestran que aquel sentimiento si alguna vez ha existido, cede ya el paso á una noble y ardiente ambición. El próximo Mayo, se reunirá una convención de Estado, con el objeto de introducir varias reformas en la carta fundamental, y como la ocasión es propicia para el efecto, suscribense actualmente numerosas peticiones, encaminadas á obtener, por la simple supresión de la palabra "male"—varón—en el texto de la ley, que las mujeres queden investidas una vez por todas del más precioso de los derechos de la ciudadanía política. Ahora bien, entre los firmantes de estas solicitudes figuran, no ya sólo los dilettanti políticos y los teóricos novelescos, para quienes todo ensayo tiene una tentación aunque también encierra un peligro, sino además hombres de doctrina y de experiencia verborrágica, Federico Couderet el primero de los abogados de este toro, damas de peso é influencia monetaria entre ellas, la hija mayor de aquel terrible Jay Gould, cuya muerte tranquilizó el mundo de las finanzas, como la de Napoleón en su tiempo el mundo europeo, la señora Candace Wheeler, presidenta de la asociación de artistas y directora de la exposición de las obras y artes de la mujer en el certamen de Chicago y la señora Alice Rich Northorpe directora de la escuela normal de mujeres, y por lo mismo muy autorizada para apoyar la reforma. Adhiérense igualmente numerosos ministros de distintos cultos y dignatarios de la fortuna como John Rockefeller y Russel Page, cuyas riquezas aseguradas por la ley, que la mujer podrá alterar mañana si se sanciona su derecho de voto, ascienden á más de 200 millones de pesos. Con tales caracteres el movimiento de la opinión es esta vez muy serio y augura un resultado favorable, siquiera sea el de dar á la mujer una participación directa en el gobierno municipal y en particular en la administración de las escuelas y de los establecimientos de caridad y beneficencia, costeados con fondos públicos. El éxito previsto es tanto más probable cuanto en la actualidad, las cuestiones que dividen á los partidos y sobre las

cuales decide soberanamente el cuerpo electoral, se refieren más á la moralidad intrínseca de los agentes y á la de sus procedimientos: que á la sustancia misma de las causas en lucha. La profunda corrupción que lacera á los viejos partidos y en particular á sus clases directoras, hace indispensable réjuvenecer y reforzar aquel cuerpo con nueva y generosa sangre, capaz de aniquilar los vicios ya tradicionales de este organismo que como el de la antigua Roma marcha por igual senda á una descomposición más ó menos próxima, pero en todo caso segura, si no se acude á tiempo con el remedio, y si este remedio no tiene toda la significación y alcance de una verdadera reacción moral apoyada en las creencias.

Decíamos arriba que el problema del voto de las mujeres resurge en la actualidad bajo la influencia de causas antiguas. La principal y más determinante de entre ellas es el sentido íntimo y la enérgica tendencia del sistema de educación que desde el comienzo de la vida nacional y muy particularmente de 50 años á esta parte modela y transforma el carácter de la mujer americana, señalando á su actividad singularmente sobreexcitada, un vasto campo de acción más allá de los límites del hogar y de la familia. Los americanos han resuelto virtualmente en su sistema de educación popular el problema de la igualdad política de los dos sexos, que ahora se trata de resolver en el terreno legislativo. Un escritor que ha estudiado atentamente ese sistema, señala aquella solución y la combate con reflexiones, de las cuales vamos á transcribir las más pertinentes. "De ese hecho incontestable, (el de la igualdad mental de los dos sexos) los americanos han concluido (malamente á nuestro entender) que la instrucción dada á los hombres convenía también á las mujeres; los deberes de unos y de otros son muy diversos, la educación que no tiene otro objeto que enseñar á cumplirlos debe ser diferente. En los Estados Unidos no se niega la primera parte de esa proposición pero se rehuye la segunda por medio de un sofisma bastante especioso." "Así como plantas de especies diversas sacan del mismo suelo los jugos que deben nutrirlos, sin que por eso pierdan nada de sus cualidades distintivas, así también el espíritu del hombre y de la mujer reciben de una enseñanza común, un alimento capaz de desarrollar sus facultades particulares."

Lejos de desechar esa comparación nosotros vamos á ampliarla. ¿No es bien sabido que unas plantas requieren sombra y frescura, mientras que otras exigen calor y una luz más viva? Ciertas especies quieren humedad, y algunas un terreno seco y arenoso; ¿no debe, pues, tener el jardinero la habilidad de dar á cada una de ellas lo que le conviene?

Apreciando las malas consecuencias del sistema, cree el escritor que ellas han sido atenuadas por la influencia de la religión, pero no por esto las disimula y por el contrario las señala y censura en los siguientes términos. "La manera como se las educa, dice Jockeville, que tan perfectamente ha apreciado su mérito, ha propendido á formar mujeres honestas y reservadas, más bien que esposas tiernas y compañeras amables del hombre." "Esa falta de gracia y de expansión notada por el ilustre escritor, y á la que atribuye la disminución de su natural dulzura y encanto, proviene á nuestro entender, de la educación uniforme que se da á los varones y á las hembras; á las mujeres se les enseña el álgebra y la filosofía; se les hace discutir las cuestiones sociales, como si algún día hubiesen de llegar á ser miembros del Congreso, y luego cuando se han despertado en ellas aspiraciones peligrosas se les encierra en lo interior de la casa, se limita su horizonte á los deberes domésticos, y se pretende que su único anhelo, su única atención debe ser asegurar el bienestar de su marido y de sus hijos."

Estas observaciones fueron hechas ahora un cuarto de siglo, ó sea en la época en que felizmente terminado el gran conflicto entre el Sud y el Norte y resueltas de un modo satisfactorio las cuestiones que lo engendraron, el pueblo y las instituciones de este país llamaban más que

de ordinario la atención de los pensadores y estadistas europeos ávidos de desentrañar las principales causas sociológicas generadoras de la vitalidad y poderío que el pueblo americano acababa de exhibir á los ojos de un mundo asombrado con semejante espectáculo. De entonces acá el sistema de las escuelas comunes con enseñanza igual para los individuos de ambos sexos no se ha desviado un punto del objeto que señalan sus premisas, no obstante las dudas, y aun las advertencias en contrario hechas por algunos espíritus avisados.

"Es muy dudoso, ha dicho entre otros uno de los directores de la enseñanza en el Estado de Nueva York, que las escuelas de gramática para las mujeres respondan tan bien como las de los jóvenes á las exigencias ulteriores de la vida, esa falta llama cada día más la atención de los espíritus formales y de todas partes se pide que la educación sea más práctica." La observación, aunque justa, no ha cambiado la marcha del sistema y por el contrario, si alguna vez ha llegado á relajarse la regla de estricta igualdad de enseñanza para los dos sexos, ha sido en perjuicio exclusivo de los varones que obligados por las necesidades materiales de la vida á dedicarse tempranamente al trabajo, se retiran de la escuela á los diez y ocho años, mientras que las mujeres permanecen por más tiempo perfeccionando una educación que les asegura una incontestable superioridad, cuyas consecuencias no han sido aun debidamente apreciadas.

Ahora bien aquella fórmula correctiva de un mal cuya existencia se reconoce, fórmula que consiste en confinar á la mujer dentro del circuito del hogar, restituyéndola así á sus naturales destinos, será ineficaz, será un verdadero contrasentido mientras subsista y obre la causa que hace necesaria su aplicación. Si la mujer ha nacido sólo para el hogar y para los modestos y fecundos deberes que él impone, claro es que no debe dársele una educación que contrarie ese objeto, según lo demuestran sus resultados. Si por el contrario esa educación llena satisfactoriamente sus fines, si las aptitudes que desarrolla son benéficas, debe aceptarse todas sus naturales consecuencias, por latas que ellas sean.

La deliberada creación de nuevas fuerzas, el sistemado é intencional desarrollo de determinadas facultades, implica el deber de respetar y proteger su libre ejercicio. Por otra parte no basta devolver á la antigua reina del hogar su cetro y su corona, es necesario devolverle también su reino, ¿y quién no vé que este reino se aminora, se arruina y está á punto de desaparecer si no ha desaparecido ya bajo la acción auxiliar de la misma causa cuyos efectos se quieren corregir por una verdadera petición de principio? Leyes, hábitos y costumbres nuevas, los progresos y las necesidades de la industria, una locomoción que está á punto de realizar aquí el milagro de la ubicuidad, el amor subordinado al interés, con vínculos que pueden romperse con cualquier pretexto, las formas materiales de la vida particularmente en lo que se refiere á la habitación, y por último el ya sensible debilitamiento de las creencias religiosas, sobre todo en las clases más acomodadas de esta sociedad, todo concurre á ejecutar aquella obra destructora. Del hogar antiguo y sedentario, con sus piedras fundamentales, su culto y sus sacerdotes, su disciplina de familia, almárgo y creadero de fuertes y saludables costumbres, del hogar con una sola reputación y una sola responsabilidad, no queda ya, á lo menos en las grandes ciudades de este país sino el nombre, el recuerdo y una canción, el Sweet Home que todavía se oye cantar en los teatros. ¿Qué quereis que haga la mujer con sus matemáticas, su historia, sus nociones de derecho público, sus conocimientos sobre ciencias naturales, su alta filosofía, su Shakespeare aprendido de memoria y bastante bien comprendido, qué quereis que haga con todo ese mobiliario y decoración de vuestra enseñanza, encerrada en el cuarto de un hotel, descuidada por su padre ó por su marido que están durante el día en sus negocios y por la noche en los clubs? ¿qué quereis que haga si ya no tiene fuego que

encender, menaje que gobernar, si ya no hay costura ni bordado, ni aves en el gallinero, ni granja que visitar, y si su música es de ordinario tan solitaria como sus pensamientos y sus lecturas? ¿Qué quereis que haga si no escribe ella también para el público si no va á los clubs y á los comicios, si no discute los intereses generales, en una palabra, si no toma en la dirección de la cosa pública la parte á que le da derecho su igualdad con el hombre reconocida y desarrollada en las escuelas? El dilema es así terminante: ó se cambia el molde educacionista ó se acepta sin restricción lo que sale de ese molde.

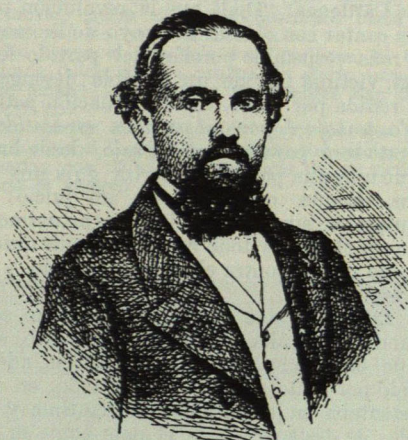
La cuestión acaba de ser discutida en Francia por autoridad muy competente y desde un punto de vista enteramente opuesta á la solución que aquí se le prepara. Monsieur Spuller, el austero republicano amigo y confidente de Gambetta, que hoy dirige el Ministerio de la Instrucción pública, al inaugurar recientemente en Versalles el edificio destinado para un nuevo liceo de mujeres, pronunció un discurso, notable como todos los suyos, en el que se leen, entre otros, los siguientes conceptos. "Nunca he pensado que las mujeres deben recibir la misma enseñanza que los hombres. Es menester respetar, y nuestro sistema respeta en efecto, las indicaciones de que nos provee la naturaleza de las cosas. El hombre y la mujer están llamados, no á luchar entre sí, sino á armonizarse y completarse. El hombre conservará siempre el imperio que le ha señalado la naturaleza, mientras que la mujer ejercerá la influencia á que la destina su papel de inspiradora."

Refiriéndose en seguida y de un modo más concreto á los programas de enseñanza, el ministro agrega. "Nos esforzamos por conservar á la mujer su papel de conciliadora y de buena consejera: la mujer francesa lo ha desempeñado siempre con buen éxito en los tiempos de la Galia, así como en la edad media y debe cumplirlo hoy como el mejor agente del progreso. La mujer americana ha sobrepasado este fin é invade un dominio que no es el suyo. Yo prefiero la mujer francesa que hila la lana y guarda el hogar, interesándose solo en su familia. La verdad está en esta tradición, con tal que sea comprendida y desarrollada con inteligencia."

No hemos podido citar del discurso de Mr. Spuller sino los breves extractos que reproducen algunos órganos de esta prensa. Sin duda hay en el texto íntegro de su oración luz más que suficiente para esclarecer el punto que es materia de estas breves apuntaciones. Nosotros citamos la palabra del ministro de Instrucción pública francés, con tanta mayor satisfacción, cuanto que ella confirma humildes opiniones emitidas sobre el propio asunto en alguna de estas mismas crónicas. Por lo demás es difícil prever hasta dónde obrará la lógica del sistema instrucionista americano en la mente de los legisladores que están llamados á resolver el problema nuevamente planteado de la igualdad política de los dos sexos. La educación lo ha resuelto ya en sentido afirmativo y lo que ella dispone es difícil que pueda resistirlo el legislador, pues las costumbres estarán siempre por encima de la ley.

Probable es por tanto, que á vuelta de pocos años la mujer sea políticamente en los Estados Unidos el natural producto de la enseñanza escolar que ella recibe, pero si el cuerpo electoral se verá así considerablemente aumentado y rejuvenecido, el de las esposas y madres de familia habrá dejado de existir ó poco menos. Dias pasados, la crónica, por lo general indiferente, de esta prensa, registraba sin ningún comentario un hecho que á nuestro juicio se presta para inducciones de mucho alcance y de muy melancólico carácter. Se trataba de una señora y de su hija que visitaron la penitenciaría de Zing-Zing, con el solo objeto de buscar entre los reos próximos á extinguir su condena sendas mandas para los visitantes. Por aislado que pueda considerarse este incidente, él es sin embargo una indicación muy clara del estado mental y de conciencia á que puede llegar la generalidad de las mujeres americanas, bajo la influencia de las ideas y principios que informan su educación, y le señalan su destino.

R. B.



GONZALO CÁRDENAS

(Nacido en 1827. — Muerto en 1868)

Pocos pero muy notables son los hombres que, habiendo vivido apenas los fugaces años que se recorren hasta llegar á la edad viril, hayan alcanzado con esfuerzos propios y altos hechos un grande y merecido renombre: ello supone, no tan sólo dotes naturales y adquiridas de muy subidos quilates, sino también una particular predestinación, y tenaz perseverancia en una labor no interrumpida desde el nacimiento hasta la muerte.

Tal aconteció en la vida de Gonzalo Cárdenas. Nació en Guanare este hombre privilegiado, el día 2 de noviembre de 1827, de las honorables y muy principales personas de aquella ciudad don Miguel Cárdenas y doña Griselda Huizi y Delgado, quienes de su feliz enlace ofrecieron á la Patria en el tercero de sus hijos un hombre de gran temple y de alto civismo. En esa ciudad de la República,—venero de ciudadanos ilustres, y floreciente por su riqueza y por la cultura intelectual de sus hijos—siguió Cárdenas los primeros estudios, bajo la dirección del ilustrado y venerable sacerdote don Manuel Félix Huizi (*), su tío materno, hasta obtener el grado de bachiller en Filosofía. Obtúvolo, en efecto, y en edad tan temprana, que hubo de conferirse únicamente en premio á su precocidad en el saber y en reconocimiento de su alta inteligencia.

Vino luego Cárdenas á nuestra capital, á seguir el curso de Jurisprudencia civil, abierto en setiembre de 1844, y remató con brillo su carrera en 1850. Los graves sucesos ocurridos en los dos años anteriores á esta última fecha, y los cuales han turbado hasta el presente la paz octaviana á cuyo beneficio venían consolidándose nuestras instituciones, causaron tan honda impresión en el alma del joven letrado y retemplaron su fibra á tal extremo, que desde luego se afiló firme y resueltamente en el partido que, á su juicio, ofrecía más garan-

tías de acierto en la dirección de la política del país y en el desempeño de los negocios públicos.

A pesar de esto, años pasaron sin que se oyera nombrar á Cárdenas en la República, reducido exclusivamente, como lo estaba, á los estrechos límites del hogar doméstico, gozando de las delicias del venturoso matrimonio que había contraído con la bella señorita Amparo Cárdenas, su prima hermana. No muy tarde, en 1856, aparece Cárdenas en el Cuerpo Legislativo de la República, Diputado por la provincia de Cojedes. Mas no era, por cierto, la arena parlamentaria donde semejante atleta había de agotar sus fuerzas en pasivas tareas: no, que otro estadio le aguardaba para ostentar en él los recursos de su talento y desplegar toda la energía de que se hallaba felizmente dotado. Dejó, pues, libre el campo á los *pedarii senatores* de que habla Cicerón, obedientes, sumisos, mudos, como prepuestos casi siempre por el Poder á la servil é indigna misión de cumplir la consigna, ó de llenar con sus nombres fórmulas edictales ó esqueletos de ordenanzas ejecutivas.

Pero llega la transformación de 1858, tan popular como malaventurada, en la cual se perdió tanta buena voluntad y se malogró tanta buena ocasión de haber hecho la felicidad de la Patria, y ya Cárdenas aparece en la escena pública como un hombre de alta importancia y de gran talla.

La guerra civil subsiguiente, con sus infinitas peripecias y las contingencias de la lucha, van presentándole día por día en los diversos aspectos de su carácter y de su inteligencia. Se le ve entonces, después de un gran desastre en manera alguna imputable á él, alcanzar por su iniciativa y su sola dirección ventajas de importancia, y acudir luego á otro campo á consolidar el triunfo conquistado y alcanzar nuevas victorias. En tales circunstancias, se presenta Cárdenas tal cual es: hombre de gran previsión, actividad, audacia—pero de esa audacia consciente, inspirada á una por la convicción de la superioridad y la confianza en las propias fuerzas—y, rebosando de entusiasmo por una causa con la cual se ha identificado, y que defiende como propia, consagra á ella su inteligencia y su valor, haciéndole el sacrificio de su reposo, de su bienestar y hasta de los tiernos afectos del hogar, que antes formaban su único deleite.

Tócale en aquellos azarosos tiempos gobernar á Carabobo,—provincia desordenada á la sazón, por falta de buen gobierno, por la desconfianza que reinaba entre sus habitantes, y por la irresolución y las zozobras en que á todos tenían unos revolucionarios codiciosos de posesionarse de ella y disponer á su sabor de su riqueza y de su suerte. Hallábase la provincia sin dinero en sus arcas, sin fuerza que impusiese orden ni inspirase respeto, sin remuneración para sus servidores. Allí, pues, todo faltaba, y sólo una voluntad enérgica, bien encaminada, y perseverante en el propósito, podía dominar aquella situación caótica y desesperante. Cárdenas fue el único que en aquella ocasión se levantó por cima de los demás, y que, desplegando las dotes de gobierno que ella exigía, comenzó á dirigirlo todo bien, inspirando en todos la confianza y volviendo á los ánimos el sosiego perdido. El dón de mando acompañaba en Cárdenas al dón de gentes: sin dejar de ser severo con quien necesitaba ser tratado inexorablemente, mostrábase afable y bondadoso hacia aquellos que, sólo por preocupación ó por temor, se oponían á la realización de sus planes. Pero lo que sobresalía entre las

(*) Oportuno es decir que el padre Huizi tuvo la gloria de ser uno de los primeros y más aventajados discípulos de don Manuel Ramón Yepes; de este varón insigne, sapientísimo, y el más profundo latinista que registren los anales de nuestras buenas letras. Una de sus frecuentes y últimas epístolas latinas al venerable maestro termina así: *Has ergo in aeternum mee gratitudinis testimonium accipe litteras.*

cualidades y circunstancias de Cárdenas, era su gran fondo de honradez y desinterés, nada común: privábase de lo que le correspondía legalmente, para darlo á sus compañeros más necesitados, ó para consagrarlo á la causa que había abrazado; y no se crea que este proceder lo limitaba á materias de interés pecuniario, pues otro tanto hacía con un caudal de más subido precio para hombres como él, ya que, ó partía generosamente sus glorias con otros, ó toleraba que se las usurpasen algunos que en sus acertados planes no habían sido sino instrumentos suyos, ó meros ejecutores de sus órdenes ú operaciones.

La audacia de Cárdenas era, como alguien ha dicho, "la providencia de su buena fe;" y así se le ve, con sólo un puñado de esfuerzos compañeros, hacer rostro algunos meses al torrente de la federación, posesionada ya de toda la República por el Tratado de Coche, y ponerla á punto de perderse cuando celebraba su triunfo. La adversa suerte no permitió que lograra su intento; pero pudo salvarse, lo que no fué poco dadas las circunstancias del momento.

En aquellos días en que pudo libertarse del freno de toda ley, no solamente las respetaba y obedecía, sino que las hacía obedecer á todos. Ni siquiera la urgente necesidad de acudir con el sustento diario á sus soldados, le hizo faltar á sus compromisos de ley como administrador de las exiguas rentas de que disponía. Sesenta y un mil pesos—dice García Reverón, con el apoyo de documentos oficiales—en billetes que corrían á la par en transacciones mercantiles, recibidos en pago de derechos de aduana en Puerto Cabello, los mandó incinerar. ¡Ejemplo raro de probidad!

Es indudable (ya lo han comprobado otros, y el tiempo lo hará tener como axioma en nuestra política) que el conocido entonces con el nombre de "partido conservador," fué siempre fiel á los principios de verdad, de justicia y de honradez que deben servir de base á toda buena administración pública: sus errores, que los tuvo, y por cierto graves, consisten esencialmente en un miedo cerval de que se olvidaran esos principios, y por eso no ha dejado exhibir á ciertos prohombres en su verdadero modo de ser. Esto ha producido un falso juicio entre el pueblo, el cual ha creído que esos hombres eran rechazados, antes por envidia de sus talentos y cualidades, que por sus defectos personales y políticos. El partido llamado "conservador," por haber carecido de la habilidad y tacto indispensables para gobernar, ha dado ocasión á que se diga, y aún á que se crea, que ha desaparecido del estadio político, por más que algunos quieran presentarlo como una fantasma. Un nuevo partido—no puede menos de suceder así—habrá de formarse, el cual, imitando el ejemplo de aquél en lo bueno que hizo y evitando incurrir en sus desaciertos, agrupará en sus filas á todos los hombres de buena voluntad, á esa juventud inteligente que se levanta, libre de compromisos, con un programa por llenar, amante de la justicia y enemiga de la iniquidad. Ese nuevo partido, animado de verdadero espíritu cívico, hará el bien de la Patria, ya en el gobierno mismo, ya fuera de él, indicando el rumbo que deban dar á la nave del Estado los encargados de conducirla. En ese partido deben correr parejas la honradez, la verdad, la inteligencia. ¡Hasta cuándo ignorancia y mentira!

Cárdenas preveía todo esto. Sus esfuerzos tendían á lograr ese resultado. Hablando de la revolución que se tramaba contra Falcón, decía en carta á uno de sus fautores

inserta por García Reverón en la Biografía de Cárdenas: "Ojalá que la revolución pueda contar con el valioso apoyo de la mayor y más respetable porción del partido federal, víctima hoy de un terrible desengaño, y reñida por tanto con la situación actual. Yo trabajaré por mi parte en ese sentido; y grato será para mí ese trabajo, desde luego que ninguna pasión banderiza guía mis pasos, ningún odio extravía mi juicio: no quiero ir sino contra los que actualmente hacen el mal: y todo venezolano que quiera, como yo, ir contra ellos, es mi aliado y mi amigo."

En esta promesa de su parte, no solamente mostraba Cárdenas su talento, sino que empeñaba también su prestigio, adquirido por tanto esfuerzo: sobre todo, en ella ostentaba su ambición, tan legítima y noble, de destacarse ante el país como su Regenerador.

Fácil, por otra parte, le hubiera sido entrar en el movimiento revolucionario, para ver de conciliar todos los intereses, pues además de ser un hombre nuevo en la alta política, se incorporaba por sus propios méritos y esfuerzos, sin responsabilidad alguna ni odios anteriores. Por tan ventajosas circunstancias concurrentes en Cárdenas, era él entonces el hombre indicado para constituir el nuevo partido que surgiera de aquella contienda; sin necesidad de que ninguno de sus miembros renegara de sus principios, imprimiendo un nuevo carácter y dando otro rumbo á su actividad. De tan expectable ciudadano puede decirse, con cabal justicia, que *su cabeza andaba siempre de acuerdo con su corazón*: la una contenía una inteligencia muy clara para dejar de percibir el rumbo seguro que en la política hemos de seguir á fin de llegar al punto por todos deseado; y el otro, por una consecuencia forzosa, le impedía apartarse de los deberes que le imponían el cumplimiento de su palabra y su propia estimación.

Había llegado el momento de realizarse tan halagüeñas esperanzas, y todo concurría á hacerlas efectivas: Cárdenas había reunido ya numerosas huestes en Carabobo; y en los demás Estados otros caudillos allegaban tropas, cuando una irreparable sorpresa rindió en tierra para siempre al gallardo adalid que tantas veces había luchado victoriosamente con la muerte!..... Memorable por siempre, será en los fastos luctuosos de la Patria, el 10 de enero de 1868.

¡En ese día quedó reducido á leve polvo aquel hombre extraordinario, dotado por especial privilegio de las altas cualidades y virtudes que se requieren en los hombres llamados á regir los destinos de los pueblos!

No menos trágico fue el término de aquella revolución de 1868,—engendro de la más espantosa anarquía,—como que triunfó y mandó sin una cabeza que la dirigiera, sin un carácter que le diera unidad ni dirección.

E. L.

Caracas: 30 de abril de 1894.

LAS DOS HERMANAS

(POEMA EN PROSA)

He tenido una visión.

Se me aparecieron dos genios, dos ángeles.

Digo ángeles y genios, porque estaban desnudos y porque de los hombros de entrambos partían largas y fuertes alas.

Los dos son jóvenes. El uno tiene formas llenas, tersa la piel y negros los bucles de los cabellos.

Sus ojos oscuros, medio velados, con largas pestañas; la mirada insinuante, ávida y alegre; el rostro encantador, un tanto atrevido y algo maligno....

Los labios rojos y abultados se estremecen y el muchacho sonríe con autoridad é indolencia como persona segura de su poderío.

Una apretada corona de flores descansa muellemente sobre sus brillantes cabellos y casi desciende hasta sus hermosas y aterciopeladas cejas.

Abrochada con una flecha de oro, abigarrada piel de leopardo cae ligeramente desde sus redondos hombros hasta sus caderas airoas.

Las plumas de sus alas tienen reflejos rosados; y las extremidades son de un encarnado vivo como si estuviesen mojados en fresca sangre. De vez en cuando se estremecen rápidamente las alitas produciendo un rumor argentino como el de la lluvia en primavera.

El otro mancebo es amarillento y flaco. A cada movimiento de la respiración se le marcan en el cuerpo las costillas.

Tiene el pelo rubio, fino y lacio; ojos redondos y enormes de un tono gris pálido; la mirada es muy clara y muy inquieta. Todos los rasgos de su fisonomía, así la aguileña nariz como la saliente barba donde sólo apunta un escaso bozo, parecen aguzados, y la boquita que adorna una dentadura de pez, se mantiene entreabierta. ¡Los secos labios no habrán sonreído nunca!

Es un rostro correcto, terrible, despiadado; pero tampoco la cara del otro, del buen mozo, con ser tan bonita no expresa compasión.

En torno de la cabeza del segundo flotan algunas espigas, ya desgranadas, que sujetan un tallo marchito, y en torno de la cintura une un trapo de gerga gris; y sus alas de un azul mate se mueven á compás, con lentitud amenazadora.

Los dos muchachos parecían inseparables compañeros; andaban abrazados; la mano torneada del primero colgaba como un racimo maduro sobre la clavícula seca del segundo; y la afilada mano de éste, de flacos dedos, se extendía como un manojito de culebras sobre el blanco pecho de aquél.

Se oyó una voz, y veréis lo que me dijo:

—Están en tu presencia el genio del amor y el genio del hambre, hermanos mellizos, impulsores de cuanto existe.

Todo cuanto vive se mueve por el alimento ó por la reproducción.

El Amor y el Hambre..... tienen el mismo objeto. La vida no puede cesar jamás; necesita sostenerse, y necesita crear también.

IVÁN TURGUENEF.

ESBOZOS

Á MERCEDES Y MARÍA

I

Hay criaturas admirables en su modo de querer, cuyo tierno afecto manifiestan á cada paso bajo mil formas distintas.

Su mayor satisfacción es demostrar al agraciado su cariño, con sus desinteresados hechos, con la dulzura de sus palabras, con el candor de sus miradas; y cual si fuera estrecho el corazón á contener la pasión que las domina y en su constante anhelo de probar su afecto, pedirían gustosas á la fama sus trompetas para esparcir por el mundo las melodías de su amor.

Son tan delicadas que en sus anhelos se parecen á las auras cuando despunta la aurora, que juguetean en la pradera y prodigan sus besos á las castas florecillas ó como el cristalino arro-

yuelo cuando imprime ósculo suave á las blancas conchas de la orilla y va en sus caprichosos rodeos publicando sus amores; tienen algo de ese dulce gorjeo de los canoros moradores de la selva cuando al nacer el sol saludan la naturaleza y bendicen la bondad del Creador.

Cándidas criaturas ¡cómo se engañan! con la delicadeza de sus sentimientos remedan la inquietud, nocturna mariposa que atraída por la luz se quema al fin en ella su delicadas alas; ellas se figuran, incautas, el placer y cuántas veces sólo alcanzan intensos sufrimientos!

No necesitan como el roble corpulento del aquilón furioso para quedar abatidas; basta un hálito de viento para inclinar, cual blancas azucenas, su corola sobre el tallo, que nunca más levantan.

Para agotarse no necesitan ni de los rigores del desprecio, ni la dureza de la palabra.....les basta la sospecha simple de la indiferencia.

Como las cuerdas de la lira vibran al suave roce del artístico dedo, así vibra su delicado corazón á la insinuación enamorada ó fría de su amador.....arpas eólicas que producen armonías indefinibles de suavísimas auras.

Séres escogidos por el dolor, ellos personifican el amor ideal, tocando el límite que separa la pasión del mortal y la pasión del ángel.

II

Otras existen que difieren en algo de aquéllas.

A éstas la persona querida les merece un respeto, quizás mal entendido, pero llega á ser tanto que no se atreven siquiera á dar á conocer su afecto. Para ellas su amor es un secreto que sólo Dios conoce.

Y no quedan en eso. Cuando por casual circunstancia se encuentran descubiertas, se turban y penan de tal modo que niegan lo que el corazón siente.

Nunca hablan de su afecto, ni prodigan sus caricias; por no imitar á los que como el vendedor del Cristo besan en la mejilla para entregar al que reposa confiado en su mentido cariño. Por eso no lo demuestran con vanas palabras, ni con zalamerías que nada significan; pero cuando la oportunidad lo reclama prueban con hechos contundentes, con hechos que hablan al alma y que no dejan duda al corazón más exigente, cuan noble y grande y desinteresado es su amor.

Esta manera de querer carece de las ternuras, bellezas y encantos de la otra; pero en cambio de lo ideal posee las condiciones de lo real.

Y árbol que se nutre con su savia, no inclina su follaje ante un simple vientecillo, ni se deja arrastrar por el furioso huracán; para destruirlo es preciso que la muerte corte su robusto tronco ó que algo sobrenatural arranque sus raíces de las entrañas de la Tierra.

El amado de tal modo reúne para ellas, casi siempre sus más puras virtudes. Su amor carece únicamente de la belleza de la forma.

Este es el amor que más resiste á las tempestades que se presentan en el borrascoso mar de nuestra vida. Parece templado en los crisoles del infortunio y creado para la lucha eterna de la existencia.

Como las nieves no apagan los volcanes, la gelidez del desprecio no agota en ellas el manantial hirviente que llevan en el corazón.

Lo primero es fantasía, espejismo, arbores de aurora, crepúsculos. . . . lo otro sinceridad, pureza, fidelidad eterna.

III

He aquí un nuevo tipo:

Unos aman con infinita ternura; otros aman con veneración; algunos, si se pudiera decir, aman odiando.

Su sistema es hacer víctima de su pasión al sér amado.

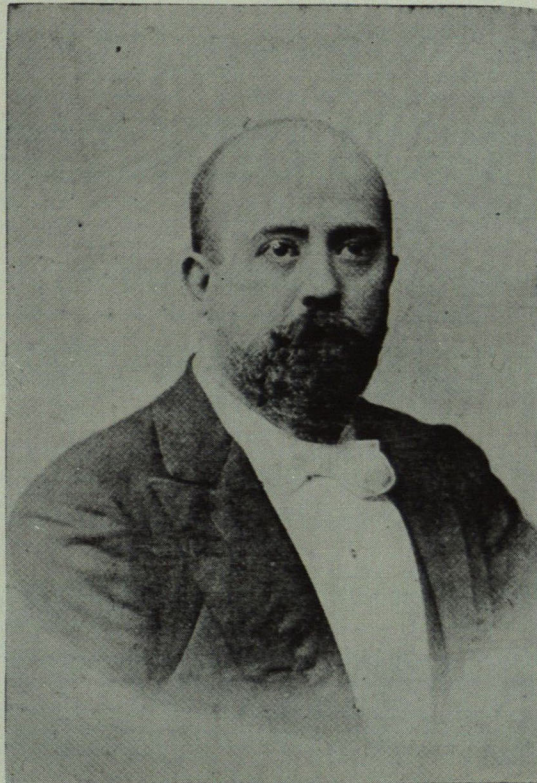
Si reciben de éste una demostración afectuosa se enfurecen; si le llaman la atención sobre alguna futilidad no usan la cariñosa indicación; la increpan con las palabras más duras y emplean las frases que de modo más cierto hieran su delicadeza, su ternura y hasta su dignidad.....son los verdugos del amor, los tiranos de fidelidad!

La aprobación de sus preferidos implica negación absoluta; si piensa de un modo, ellos de

otro y siempre deben, *malgré-tout*, hacer lo que ellos hagan y querer lo que ellos quieran; si el novio cayera al río lo buscarían hacia el manantial, no hacia el Océano.

No tienen ni una sola frase cariñosa, ni una mirada dulce, ni una prueba de afecto para el que aman!.....En cambio de ternuras dan desprecio!.....

Su mayor satisfacción es verle los ojos fríos por el llanto. Sus lágrimas son néctar que libarían con delicia. El sacrificio de su víctima sería el apogeo de su dicha!



GIUSEPPE POMÉ

Maestro Director y Concertador de la Compañía de Opera Italiana

Más que amor revelan odio, en sus demostraciones de afecto.

Amor raro, caprichoso, incomprensible!.....

IV

Ilusión que fascina; cielo con todos sus encantos; infierno con todos sus horrores, son en síntesis la trinidad que en cuadros parciales hemos querido delinear.

Abril de 1894.

FRANCISCO MANRIQUE.

LA CANCIÓN DEL PERAL

I

Había un gran peral en el extremo de la aldea; en la primavera parecía un ramillete de flores. La casa del jardinero se hallaba al otro lado del camino; tenía una portada de piedra parecida á la de un castillo; la hija del jardinero se llama Perrine.

Eramos novios.

II

Tenía diez y seis años. ¡Cuántas rosas en sus mejillas! Tantas flores como había en el peral. Bajo el peral fué donde la dije:—Perrine, mi Perrine, ¿cuándo nos casamos?

III

Todo en ella sonreía; sus cabellos que jugaban con el viento; su talle, su pie desnudo en los pequeños zuecos; sus manos, que bajaban la rama

pendiente para aspirar el perfume de las flores; su frente pura, sus dientes blancos entre sus labios rojos. ¡Ah! yo la amaba mucho.—Nuestra boda para la cosecha—me dijo—si el Emperador no te lleva soldado.

IV

Cuando llegó el sorteo encendí un cirio, porque la idea deirme lejos de ella me destruía el corazón. ¡Alabada sea la Virgen María! saqué el número más alto. Pero á Juan, mi hermano de leche, le tocó mal número.

Lo encontré llorando y diciendo: —¡Madre! ¡Pobre madre mía!

V

—Consuélate, Juan; yo soy huérfano.—No quería crearme cuando le dije:—Voy á partir por tí.—Perrine vino bajo el portal con los ojos llenos de lágrimas: eran más bellos que su sonrisa.

Ella me dijo:—Has hecho bien y eres bueno; vé, Pedro mío, yo te esperaré.

VI

—¡Por la derecha, por la izquierda, por la derecha, por la izquierda, paso de carga! ¡Adelante, marchen! ¡Así llegamos hasta Wagram! ¡Pedro, mantente firme! hé ahí el enemigo. Vi una línea de fuego. Había quinientos cañones que tronaban á la vez, y humo que oprimía el pecho, y sangre donde el pie se hundía. Tuve miedo y miré para atrás.

VII

Atrás estaban la Francia y la aldea; y el peral cuyas flores se habían convertido en frutos. Cerré los ojos y vi á Perrine que oraba por mí. ¡Alabado sea Dios! ¡héme aquí valiente! —¡Adelante, Adelante! ¡Por la derecha! ¡Por la izquierda! ¡Apunten, fuego! ¡A la bayoneta! —¡Ah! ¡Ah! ¡va bien el recluta! —Muchacho ¿cómo te llamas? —Señor, me llamo Pedro.

—Pedro, te hago cabo.

VIII

¡Perrine! ¡Oh! mi Perrine! ¡Cabo! ¡Viva la guerra! ¡Son días de fiesta los días de batalla! Para ascender en el ejército no hay más que poner un pie delante de otro. ¡Por la derecha, por la izquierda! —¿Eres tú, Pedro? —Sí, Majestad.—Recoge una charretera.

Había una infinidad en los hombros de los muertos.

IX

—Señor, ¡un millón de gracias, y adelante hasta Moscow! —¡En la enorme llanura de nieve un camino marcado con cadáveres, aquí el río; allí el enemigo; á ambos lados la muerte!

—¿Quién pone en línea el primer pontón?

—¡Yo, señor!

—Siempre tú; Capitán.

Me dió su cruz de caballero.

X

¡Alabado sea Dios! Perrine, mi Perrine, vas á estar orgullosa de mí. La campaña ha concluido; tengo mi retiro. ¡Suenan las campanas para nuestra boda! El camino es largo, pero la esperanza va lejos. Allá bajo, detrás de ese monte, allí está la aldea.

Reconozco el campanario, parece que suena la campana.

XI

Suena, ¿pero el peral?

El mes de las flores ha llegado, y sin embargo, no percibo el ramo florido. En otro tiempo se le distinguía de lejos; es porque entonces estaba en pie. Habían cortado el árbol de mis juveniles amores.

Había tenido flores, todas sus flores tan her-



Interior de la Capilla del Sagrado Corazón de Jesús. — Altar mayor

mosas, pero sus ramas dispersas yacían por el suelo.

XII

—¿Por qué repican Mateo?—Para una boda, señor Capitán. Mateo ya no me conocía.

—¡Una boda! decía la verdad. Los novios subían las gradas de la iglesia. La novia era Perrine, mi Perrine, alegre y más bella que en otro tiempo; Juan, mi hermano era el novio.

XIII

A mi alrededor las personas decían: Se aman. —Pero, ¿y Pedro?—pregunté.—¿Qué Pedro? —me respondieron.

Me habían olvidado.

XIV

Me arrodillé á la entrada de la iglesia. Rogué por Perrine y rogué por Juan: todo lo que yo amaba. Concluida la misa, cogí una flor del peral, una pobre flor marchita, y continué mi camino sin mirar hacia atrás.

¡Alabado sea Dios! se aman; serán felices.

XV

—Señor,

—¿Ya estás de vuelta, Pedro?

—Sí.

—Tienes veintidos años, eres Comandante y eres caballero. Si quieres te daré por mujer una Condesa.

Pedro sacó de su seno la flor marchita cogida sobre el peral tronchado.

—Señor, mi corazón está como esto. Quiero un puesto en la vanguardia para morir como soldado cristiano.

XVI

Tuvo su puesto en la vanguardia. Al extremo de la aldea existe la tumba de un Coronel muerto á los veintidos años un día de victoria.

En lugar de un nombre sobre la piedra, hay estas tres palabras: ¡Alabado sea Dios!

P. FEVAL.

EL PORRAZO EN LA CABEZA

(DE BENJAMÍN FRANKLIN)

La última vez que ví al padre de usted fué en Boston á principios de 1724, después de mi primer viaje á Pensilvania. Recibíome en su biblioteca, y cuando me despedí de él, me enseñó un camino más corto para salir de la casa, por un pasadizo más estrecho, en el cual había atravesado una viga á la altura de la cabeza. Cuando me retiraba, continuábamos hablando, él me seguía y yo iba medio vuelto para escucharle, cuando de repente me gritó: ¡bájese usted! ¡bájese usted! No comprendí lo que quería decirme hasta que me di un fuerte porrazo en la cabeza contra la viga.

Como el padre de usted era hombre que no dejaba pasar ninguna oportunidad de dar lecciones útiles, me dijo en la presente: «Usted es joven y va á entrar en el mundo; bájese usted para atravesarle y se evitará más de un porrazo.» Este consejo, impreso de aquella suerte en mi cabeza, me ha sido muchas veces útil, y me acuerdo de él con frecuencia cuando veo el orgullo humillado, y las desgracias á que están expuestos continuamente los que llevan la cabeza demasiado erguida.

LA MUERTE DEL DELFIN

El Delfinito está enfermo, el Delfinito se muere. En todas las iglesias del reino el Santo Sacramento permanece expuesto noche y día y grandes cirios arden para la curación del real enfermo. Las calles de la antigua residencia yacen tristes y silenciosas, las campanas no suenan ya, los coches caminan lentamente, y en los alrededores del Palacio los vecinos curiosos atisban por entre las rejas hacia el interior de los patios donde los suizos conversan con aire imponente.

Todo el castillo está conmovido; chambelanes y mayordomos suben y bajan á carrera los escalones de mármol. Las galerías rebosan de pajes y cortesanos vestidos de seda, que van de corrillo en corrillo indagando en baja voz las últimas noticias. En los vastos corredores; las damas de honor, des-



EL LEÑADOR Y LA MUERTE. — Cuadro de Lhermitte (fábula de Samaniego)

consoladas, se hacen graves reverencias, enjugándose los ojos con lindos pañuelos bordados.

En el Naranjal se efectúan numerosas consultas de médicos togados. A través de los vidrios se les distingue cómo agigantan sus anchas mangas negras, cómo inclinan doctoralmente sus descomunales pelucas. El ayo y el caballerizo del Delfinito se pasean por delante de la puerta aguardando las decisiones de la Facultad. Los marmitones pasan á su lado sin saludarlos. El caballerizo reniega como un pagano, el ayo recita versos de Horacio. Y á la vez, por el lado de las caballerizas, se oye un largo y quejumbroso relincho: el alazán del Delfinito, el alazán olvidado de los palafreneros que llama tristemente al pie de su comedero vacío. ¿Y el Rey? ¿Qué es de Su Majestad el Rey? el Rey, completamente sólo, se ha encerrado en un cuarto, al extremo del castillo. ¡Las majestades no gustan de que las vean llorar! Respecto á la Reina, la cosa es distinta: sentada á la cabecera del Delfinito, con el hermoso rostro bañado de lágrimas, solloza á gritos en presencia de todos, como lo haría una trapería.

En su camita de encajes, más blanco que los almohadones en que se halla extendido, el Delfinito reposa con los ojos cerrados. Parece que duerme; pero no, el Delfinito no duerme. Se vuelve hacia su madre, y al verla llorar, le dice: “Señora Reina, ¿por qué llora usted? ¿También usted cree como los demás que voy á morir?” La Rei-

na quiere responder, los sollozos ahogan sus palabras.

“No llore usted, pues, señora Reina: usted olvida que yo soy el Delfin y que los Delfines no pueden morir de este modo.....” La Reina solloza con más fuerza, y el Delfinito empieza á tener miedo. “¡Hole—dice—no quiero que la muerte venga á llevarme, y yo sabré impedir que llegue hasta aquí... que ahora mismo vengan cuarenta de los más fornidos lansquenets para montar la guardia alrededor de nuestra cama..... Que cien cañones de grueso calibre velen noche y día, con la mecha encendida, al pie de nuestras ventanas. Y desgraciada de la muerte si tiene el atrevimiento de acercarse á nosotros!.....”

Por complacer al real enfermo la Reina hace una seña. Al instante se oye ruido de gruesos cañones arrastrados en el patio, y cuarenta de los más fornidos lansquenets, con la partesana en el puño, vienen á colocarse alrededor del cuarto. Son veteranos de bigotes grises. El Delfinito al verlos empieza á palmotear. Conoce á uno y le llama: “Lorrain! Lorrain!” El veterano avanza un paso hacia la camita. “Te quiero mucho, mi viejo Lorrain..... Enseña un pedazo de tu enorme sable..... Si la muerte quiere llevarme, habrá que matarla..... ¿no es así?”—Lorrain responde:—“Sí, Monseñor.....”—y dos gruesas lágrimas corren por sus curtidas mejillas.

En este momento el Capellán se acerca al Del-

finito y le habla mucho en baja voz, enseñándole un crucifijo. El Delfinito le escucha con aire de asombro, y súbitamente le interrumpe:

—“No comprendo bien lo que usted me dice, señor Abad; pero, en fin, ¿mi amiguito Beppo no podría morirse en mi lugar pagándole bastante dinero?” El Capellán sigue hablándole en baja voz, y el Delfinito tiene un aire más y más asombrado.

Cuando el Capellán ha concluido, el Delfinito prosigue dando un hondo suspiro:

—“Todo lo que usted acaba de decirme es muy triste, señor Abad; pero una cosa me consuela: arriba en el paraíso de las estrellas, voy á ser todavía el Delfin. Sé que Dios es mi primo, y me tratará según mi gerarquía.”—Después agrega volviéndose á su madre:—“Que me traigan mis vestidos más hermosos, mi jubón de armiño blanco y mis escarpines de terciopelo. Quiero adornarme como Rey para los ángeles y entrar en el paraíso con vestido de Delfin.”

Por tercera vez el Capellán se inclina hacia el Delfinito y le habla mucho en baja voz..... A lo mejor del discurso el niño real le interrumpe con rabia:—“¡Pero entonces, grita, es nada ser Delfin!”—Y sin querer oír más el Delfinito se vuelve hacia la pared y llora amargamente.

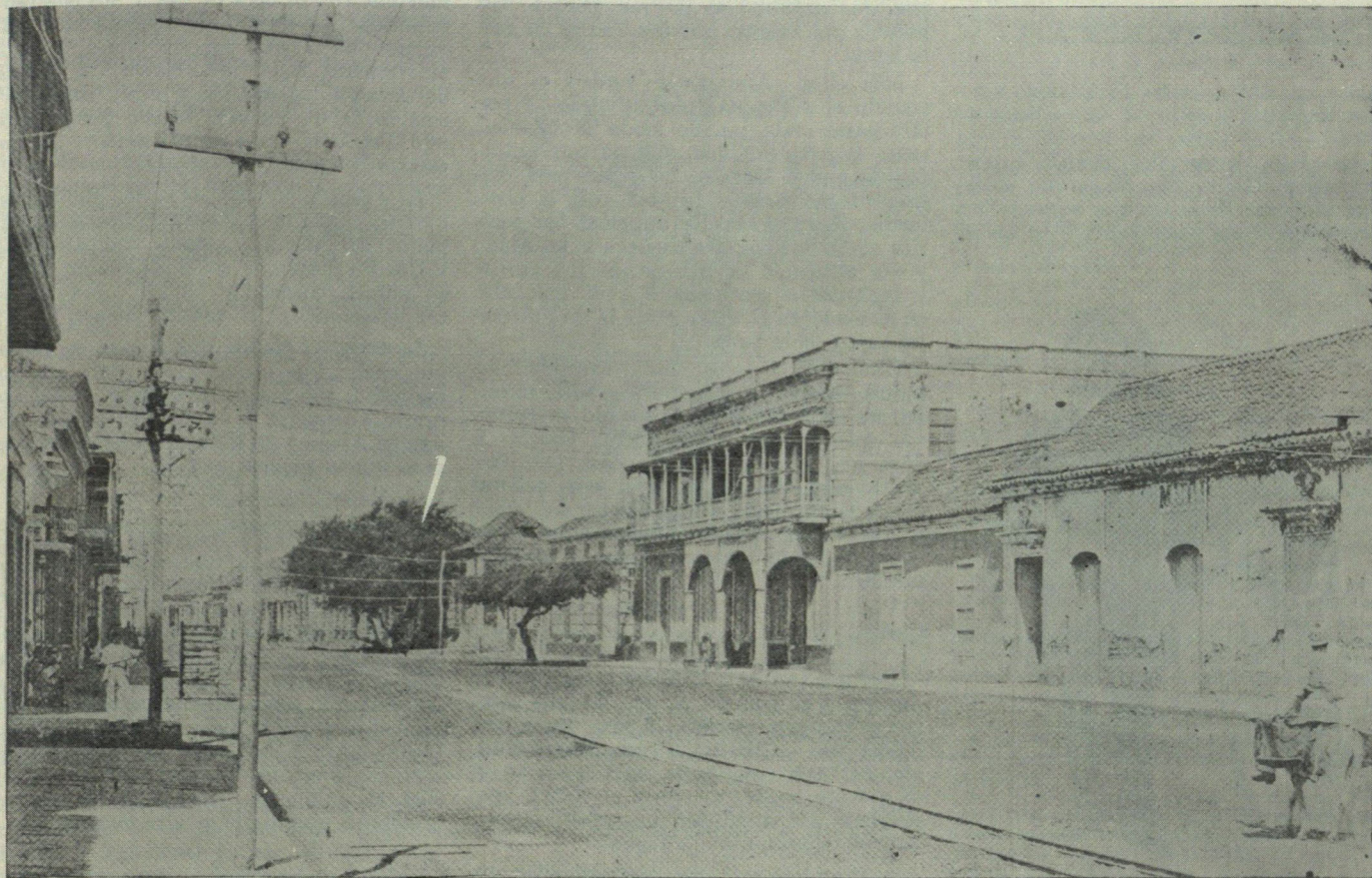
ALFONSO DAUDET.



EL MUELLE DE MARACAIBO



CALLE DE LA MARINA.—Maracaibo



CALLE DEL COMERCIO HACIA EL OESTE.—Maracaibo



CALLE DEL COMERCIO HACIA EL ESTE.—Maracaibo

MADRILEÑAS

A los madrileños se les hizo cuesta arriba la estupenda noticia; á los carlistas sobre todo.—¡Don Carlos de Borbón en los matrimoniales, decían ellos, cuando aun no se han consumido los blandones que alumbraron el féretro de su anterior esposa! Don Carlos "reincidente": tan joven y ya tan casado!



Y lo original del caso es, que el enlace se realiza por amor. Un amor frenético, indigno del pretendiente de una corona.

No lo tengo averiguado, pero supongo que don Carlos se "le arrancó" á la gentil princesa de Rohan (que se apellida la novia) con algún acróstico fulminante de pasión y en el cual acróstico juraría él suicidarse con una disolución de fósforos en petróleo si ella no correspondía á sus dolientes reclamos.

La prensa carlista, como es de suponer, se descuelga con una lujosísima descripción de la opulenta boda, verificada (1) á la postre de un visiteo diario del Príncipe al Palacio de la Princesa, donde ella esperaba á balcón abierto y en noche melancólica de luna al tierno y enamorado mancebo.

—Rico de mi vida!—diría la princesa.

—Monina!

—¿Me querrás siempre Carlitos?

—¡Siempre amorcito!

La brisa perfumada de Venecia donde se arrullaban los augustos tortolitos, llevó en sus ondas aquel rumor de ósculos ardientes. Y cuenta el poeta que al amoroso halago la luna de plata se escondía entre nubes de "armiño"; las flores abrían sus temblorosos pétalos y cuando ya la aurora destejía con sus dedos de rosa los velos de la noche, un pájaro, un ruiseñor acaso se despertó con la garganta hinchada de gorjeos y elogió el erotismo "real" con un poema selvático.

Fue el canto precursor de la reciente boda.....

En calidad de "arras" envió el novio un broche de brillantes y rubíes, el cual recibió la víctima, digo, la novia con los ojos "arrasados" en llanto.

Claro! como que eran arras!.....

Yo no sé quién le ha aconsejado á la prin-

cesa que examine las piedras, porque hay persona que asegura que Don Carlos las gasta falsas.

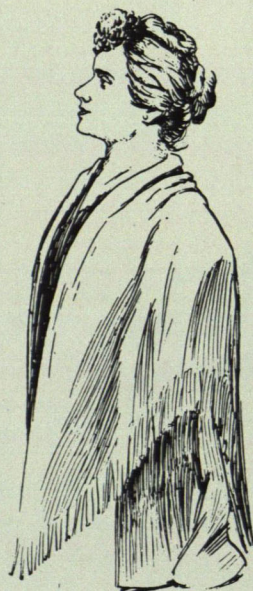
Allá ellos. Aunque la verdad es que cuando el río suena "piedras" trae. Y por otra parte, anda tan de moda la falsedad entre la gente linajuda, que no cabe extrañar la gasten hasta en las joyas para distinguirse en todo y por todo de la clase media. La clase media también, por espíritu de imitación, se aficiona á la falsedad; y con el tiempo tendremos que ir á buscar lo legítimo en sentimientos y en todo, allá en el fondo, en el antro, entre la hez del covachaje y de la lepra.

Olvidando ó espantando excepticismos tontos, vuelvo á Don Carlos, para terminar los comentarios de su sonado matrimonio, que es como si se dijera: Gracias á Dios que he llegado á esta casa para volver á salir. En fin, que ya esos señores van á cumplir con el dulce deber del amor y con el amargo de los Reyes—que ya es deber! Con eso tienen de sobra y nosotros también.

Vaya..... y que se divierta usted, Don Carlos.

Fue una pregunta "sin interrogación" la que yo hice cuando en una de mis anteriores Revistas escribía: Loreto Prado es, ó debe ser, en Madrid, lo que Ivette Guilbert en París: una *fin de siglo*, pues no sé de qué otro modo se explica el delirio que despierta en el público una tiple completamente afónica como la Loreto.

A esa pregunta "sin interrogación"—repite—un periodista madrileño responde: "Ivette Guilbert no tiene voz y su fama no ha tenido igual durante los últimos diez años. Loreto es, como Ivette una *disease* incomparable." Ahora es que yo me he convencido. La primera vez que ví á Loreto se me antojó exagerada la ovación del público; el escenario—revistaba yo—era una alfombra de flores, de sombreros y de capas, y sobre esa alfombra se irguió aquella figura de pillét con faldas, hizo una pirueta de pícaro y dando saltitos saludó, riéndose, á los espectadores, que pagaron las graciosas muecas del ídolo chulesco con una tempestad de gritos y de aplausos.



Hoy me cuento en ese público que aplaude á rabiarse á la simpática artista: Loreto es una tiple que se impone, no por su voz escasísima hasta hacerse apagada, sino por la mímica, por la expresión de aquella cara

movible, con su boca de risa y sus ojos centellantes. La frase más insignificante adquiere vida al pasar por sus labios; y cada movimiento, cada gesto revela á la artista de corazón, espontánea, y diré "completa" cuando debute en otro teatro, porque Loreto Prado no cabe en el escenario de *Romea*.

Es y será la favorita de aquel público heterogéneo, por lo cual sus triunfos serán efímeros; triunfos únicamente comparables á los de un poeta que se empeñara en gastar su numen chispeante en las columnas de un periodicocho. Ni más ni menos.

Lástima y grande que Loreto se prodigue noche tras noche y año tras año en escenario tan pequeño cuando puede co-dearse y superar á las del género que privan en Apolo, y en Eslava, valiendo menos, pero mucho menos que ella.

**

Para encontrar á Salvador Rueda hay que deslizarse como una culebra por el estrecho y caracoleado pasadillo de un subterráneo del Ministerio de Ultramar: el archivo de ese Ministerio es una sepultura que da vueltas. A ratos, una limosna de luz misericordiosa nos alumbramos unos cuantos pasos; pero generalmente aquello es una tumba, á la que se baja peldaño á peldaño, lentamente. A la postre una claridad súbita nos hiere las pupilas, y se nos ensanchan los pulmones, como si hubiésemos aspirado un gran sople de aire reparador.

Allí está Rueda, el Director ó Secretario ó no sé qué del archivo. Es cosa de que no me he informado, porque yo no voy á buscar al archivero, sino al poeta.

A esto de poeta hay que agregarle novelista, y redactor, y andaluz, y semi-americano en ideas: todo en una sola pieza; pero antes que todo, es un hombre condeñado á ser poeta; poeta infatigable, laborioso, consecuente hasta la saciedad. Entre una nota ó un apunte del archivo, debajo de la carpeta, en el cajón del escritorio, á medio abrir, en cualquier parte, sin escudriñar mucho, se le encuentra una poesía comenzada ó para terminar. Ese hombre se las escribe en todas partes, en las tarjetas, en las hojas del libro, en los márgenes del periódico, en los puños de la camisa. En consecuencia se pueden contar los sonetos por los puños de camisa que inutilice el caballero. Y no deja de ser una habilidad, ó más claro, una ventaja, porque ¿cuántas ideas que á uno le parecen originales se ma-



(1) A la fecha se dan por verificadas, según los últimos telegramas.—N. del A.

logran por confiarse á la memoria? De aquí que la mayoría de los escritores concibían más que ejecutan: por eso es una ventaja el procedimiento de Rueda; y acaso esto lo ayudó á realizar su carrera á saltos, rápidamente como un conquistador.

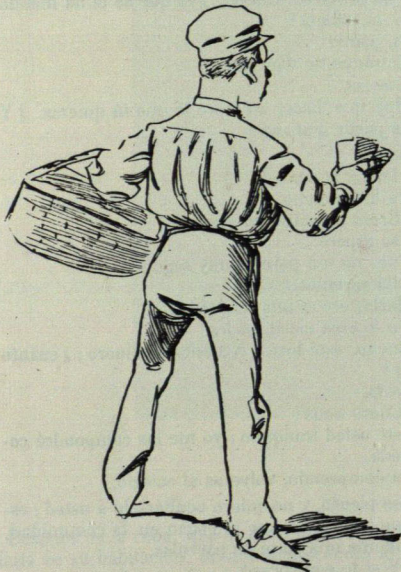
Lo que vale Rueda no necesito yo repetirlo, después que tantos brillantes esbozos, autorizados por las firmas de no menos brillantes escritores, se han publicado en América, proclamándole poeta de vigoroso estro. Yo me limito á dedicarle al pie de su retrato estas líneas que van á guisa de silueta, á pluma, como lo exige el híbrido trabajo de Revistas.

Dos cosas no me gustan de Rueda: el retraimiento de nuestras tertulias literarias, lo cual le semeja un poco á Pérez Galdós —que es un esquivo; y el cariño ciego, el cariño idólatrico por *Clarín*, que quizás, ó sin quizás, le pese no muy tarde.

En esto de compañerismos literarios yo tengo mucho de excéptico y Rueda mucho más de crédulo: es de los que oyen campanas de alarma y no quieren saber donde las tocan.

Para jolgorios Madrid.

A las seis de la mañana del viernes santo, cuando uno presume que en la ciudad sólo habrá preces y recogimiento, etc., toda la chulería de Madrid se echa por la calle de Leganitos, en "pelotones", hasta allá, hasta el final donde se levanta una esplanada, en la cual se celebra la tradicional y originalísima fiesta que apellidan "*La Cara de Dios*". Las mujeres van envueltas en flamantes mantones de Manila y los hombres llevan el sombrero terciado y la chaquetilla corta como si tocaran á toros. Esa multitud invade los tenduchos en donde hierve el aceite de los buñuelos, y rodea á los vendedores ambulantes que gritan desahogados:—*A cuarto y á dos la cara de Dios*.



La tal cara es una baratija pintarrada de coloretos, y con ella, dicen los devotos, que se gana indulgencia plenaria. A mí me gustaron más, las caras de las chulas, porque cuidado que había allí caras bonitas!

La fiesta, que debía de ser una como romería religiosa se convierte á poco andar en una verdadera verbena: no hay organillos, es verdad, ni punteos de guitarra, ni danzas dislocantes; pero se escancia el vino por cuarterones y se arman más broncas que ni en *San Isidro*..... Y la culpa la tienen los mantones de manila, porque está comprobado que no hay nada tan "pecami-

noso y profano", tan alborotador y zaragatero como uno de esos historiados y "flecudos" pañolones.



Está visto que provocan las juergas, las habladerías y las miradas incendiarias hasta el punto de quitarle á un santo la devoción.....

Todavía á las once de la mañana, cuando se regresa de aquella loca y fatigante fiesta, se oye lejano pero resonante el ronco grito de los vendedores que atruenan el espacio:—*¡A cuarto y á dos la cara de Dios!*

MIGUEL EDUARDO PARDO.

Madrid: abril 1894.

NUESTROS GRABADOS

Don Pedro Gual

En la página primera del presente número de EL COJO ILUSTRADO, publicamos el retrato de este ilustre venezolano. Ha tocado en suerte á nuestro corrector don Eugenio Méndez y Mendoza, escribir los apuntes que acompañan al grabado; y aunque juzgamos que el escritor ha sido favorecido por la elección, le damos las gracias por su pronta aceptación.

General Gonzalo Cárdenas

Referimos el lector á las notas que acompañan este retrato, discerniendo al personaje los recuerdos que merece.

El Leñador y la Muerte

Lhermitte es el autor del famoso cuadro que publicamos en la página 189 del presente número.

Se refiere á la fábula de Samaniego, que sin embargo de ser muy conocida, la damos en segundas como explicación al grabado:

EL VIEJO Y LA MUERTE

Entre montes por áspero camino,
Trozando con una y otra peña,
Iba un viejo cargado con su leña
Maldiciendo su mísero destino.

Al fin cayó, y viéndose de suerte
Que apenas levantarse ya podía,
Llamaba con colérica porfía
Una, dos y tres veces á la muerte.

Armada de guadaña en esqueleto
La Parca se le ofrece en aquel punto;
Pero el Viejo, temiendo ser difunto,
Lleno más de terror que de respeto,

Tremulo la decía y balbuciente:
Yo... señora... os llamé desesperado;
Pero... —Acaba: qué quieres desdichado?—
Que me cargues la leña solamente.

Tenga paciencia quien se cree infeliz,
Que aun en la situación más lamentable
Es la vida del hombre siempre amable:
El Viejo de la leña no lo dice.

FÉLIX MARÍA SAMANIEGO.

Cav. Giuseppe Pomé

Todo no había de ser malo en la Compañía del señor Antón.

Una ó dos artistas; dos si se quiere: la *Roluit*, que se conquistó al público desde su primera aparición en la escena; la *Svicher*, que nos vino predecida de encomiásticas recomendaciones de la prensa extranjera—lo que prueba que en todas partes cuecen habas—y el maestro Pomé, el admirable director de orquesta que en varias ocasiones

ha salvado los conflictos que sobre la asendereada tropa podían descargarse, forman el lado brillante de ese cuadro en el que las demás figuras aparecen con la palidez de los ocasos ó la enfermiza coloración de la anemia.

Bajo la maravillosa batuta del excelente maestro Pomé, nuevas desconocidas armonías conmueven los corazones, turban los espíritus, y á los mismos músicos sorprenden.

Ha sido el mágico de las veladas del Municipal... A tal punto, que sólo por escuchar la orquesta podía uno imponerse la recia penitencia de asistir á los autos que allí se celebraban y que con el recuerdo solamente hacen estremecer del temor de reincidir.

Es con sumo placer que colocamos en las páginas de EL COJO ILUSTRADO el retrato del maestro, para que sirva de memoria de esta temporada lírica tan discutida, y tan pródiga en crónicas diverras.

Réverie

"En obsequio del arte" patrio, merecedor de estímulos y recompensas, cuando alguien á cultivarlo se dedica, sin modelos, sin certámenes, sin los acicates que en Europa sacuden la imaginación y la hacen fecunda, excediendo á lo imaginado por los profanos, es que hemos publicado y seguiremos publicando bocetos y estudios del aplicado joven Ruiz, quien no pudo concluir su aprendizaje en los centros á donde le llevó su vocación.

Si la displicencia de algún colega encuentra exagerados lunares en estas producciones de un principiante, que no ha dado aún de sí lo que la Patria puede esperar de sus talentos, obra misericordiosa será señalarlos, apuntando advertencias y fijando reglas que EL COJO ILUSTRADO y el dibujante agradecerían conjuntamente.

Edificio del Padre Sierra

A ojos vistas se engrandece la ciudad con los hermosos edificios que la iniciativa particular va levantando.

Bajo la dirección del arquitecto Hurtado Manrique, de la antigua casa de la esquina del Padre Sierra—morada de la familia Amitesarove, y luego, largos años, domicilio de la Botica del Aguila—no han quedado ni los rastros. En su lugar se alza hoy soberbio, enorgullido de su estilo, de la bella fachada, del crecimiento por dos pisos interiores y uno más en el frente, el edificio que han construido, para trasladar á él su farmacia, los señores M. Arteaga Revenga y Ca.

Se nos dice que el mobiliario de esta casa ha de corresponder á la novedad del edificio, por la riqueza y el buen gusto, y por la distribución que se le ha dado en los varios departamentos del despacho.

Vistas de Maracaibo

A la bondad del señor J. T. Pool, debemos las copias fotográficas de las cuatro vistas de Maracaibo que engalanan este número.

Al dar las más expresivas gracias por el espontáneo obsequio del señor Pool, su conducta nos hace meditar en lo conveniente que sería que otros compatriotas la imitasen.

Aspiramos—como más de una vez lo hemos dicho—á que sea conocida Venezuela por su riqueza arquitectónica, por la reproducción de sus calles, templos y paseos; de sus edificios y alamedas; de sus ciudades y obras de arte, de ingeniería y empresas de transporte; por sus tipos populares; por cuanto pueda producir acercamiento en las relaciones de sus hijos y difusión en el extranjero de lo que hasta ahora háse conservado en reserva.

En ese empeño, legítimo y noble por patriótico—deseáramos encontrar ayuda en todos los lugares del país, en todos los ciudadanos que aman el terruño y encuentran en él cosas dignas de exhibirse, ó siquiera de que especialmente se las mencione.

Nos obligarían, por lo tanto, adquiriendo un mérito en nuestro deseo, todas aquellas personas que nos remitiesen fotografías ó dibujos de las localidades donde residen; y sería mayor este favor si las acompañasen de notas históricas ó simples apuntes sobre los cambios que lo copiado haya sufrido con el transcurso de los años.

Ilustraciones de Romeu y Pons

Españoles ambos, uno en Caracas, el otro en Madrid, los dos artistas dejan algo de su lápiz en los artículos que para EL COJO ilustran.

Así, á través de los mares, se dan la mano sus ingenios, sirviéndoles de lazo intelectual nuestro periódico.

Hoy van las "Madrileñas" con dibujos de Pons. En el próximo número se verán los de Romeu en el artículo "El pedazo de pan."

Música.—Vals "Santiago"

Si es locura el vals, éste la produce. Qué alegría la que despierta en los mozos! Y cómo hasta los pies de los ya ancianos se contagian!

Preferido y solicitado en los salones, EL COJO no lo podía negar á sus bellas abonadas, á sus adolescentes lectores para quienes todavía tiene la vida espejismos de las dichas sin cuento.



Nuevo edificio construido en la esquina del Padre Sierra, bajo la dirección del arquitecto señor Hurtado Manrique
Propiedad del señor M. Arteaga Revenga.

EL MILLON DEL TIO RACLOT

POR
EMILIO RICHEBOURG

Continuación

—Exacto de todo punto.

—En fin, no he podido soportar la idea de que usted se perjudicase por mí, y, como ya he dicho, después de haberlo reflexionado, formé el propósito de no crsarme.

—¡Ah! ¿Y eso es todo el motivo?

—Sí.

—¡Bah!

—Puede usted crearme, padre.

—Sí, sí; eres una excelente hija y tienes buenos sentimientos.

Luego continuó hipócritamente:

—Sin duda es una suma enorme cincuenta mil francos, y, como dices perfectamente, Marta, si el aldeano posee tierras, en cambio no tiene dinero; pero, pensando sólo en tu felicidad, yo me habría impuesto ese sacrificio; preciso es que un padre haga por su hija única todo lo que pueda, y aún más.

En una palabra: yo hubiese hallado el medio de darte la dote, sin sacrificarme por completo.

—Sea, pero no he querido que usted se perjudicase.

—Nada tengo que responder á eso.

—Así, pues, padre mío, no me casaré nunca.

—¿Nunca?

—¡Nunca!

—¿Tal es tu propósito?

—Sí, y por nada he de variarlo.

—Tienes razón, Marta, y te lo apruebo. El matrimonio produce muchos cuidados, y á fe mía que cuando una muchacha es feliz, no sé por qué ha de correr el riesgo de dejar de serlo. Nada de casamiento, Marta; no te separarás de tu padre.

—Perdóneme usted, mas no es ese mi propósito.

—¡Cómo! ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que mañana nos separaremos.

—¿Hablas en serio?

—Sí, padre; muy en serio.

—¿Quieres marcharte!

—Esa es la resolución que tengo tomada.

—¿Y adónde vas?

—A la ciudad.

—¡A qué!

—A trabajar para ganarme la vida.

—¡Trabajar para ganarte la vida! ¡Tú estás loca!

—No, padre mío.

—¡Trabaja!..... ¡Si no sabes hacer nada!

—Usted olvida que tengo un título académico.

—Y quieres.....

—Quiero ser institutriz.

—¡Bah! ¡Bah!

—Usted y mi madre han trabajado mucho; yo, á mi vez, quiero trabajar; no soy una señorita, sino la hija de un labrador, y cuando veo á las mozas de Aubécourt ir al campo y trabajar, me da vergüenza.

—Las mozas de Aubécourt han nacido para ir al campo, mientras que tú.....

—Yo, padre, no podría manejar el arado, es verdad; pero por eso no me creo dispensada de hacer otra cosa. Todos hemos nacido para trabajar; cada cual debe producir según sus fuerzas y su aptitud, y yo me avergüenzo de no hacer nada.

—Pues ya trabajas; desde que estás aquí no sueltas de las manos algunas labores.

—Yo no considero trabajar el hacer algún que otro bordado, *erochet*, etc., etc.

—¿Qué importa, estando yo satisfecho?

—Es que yo no lo estoy.

—Marta, no soy rico, tan rico como algunos piensan, los envidiosos, por ejemplo; pero tampoco soy pobre; tengo un mediano pasar; puedes, por lo tanto, estar aquí tranquila, sin carecer de nada.

—Lo creo, padre mío; pero no quiero serle á usted gravosa.

—¡Oh! ¡Bien poco gravosa por cierto!

—Lo repito; usted y mi madre han trabajado mucho, y yo quiero imitarlos; no hay mejor pan que el que se gana; soy institutriz, y deseo ejercer mi profesión.

—¡Hum, hum! exclamó Raclot, rascándose la punta de la nariz. Vamos, ¿es que se te ha metido eso en la cabeza?

—Sí, padre.

—Entonces no digo más.

—Gracias.

—Hey que hacer siempre lo que tú quieras. ¿Y piensas partir mañana?

—Sí.

—¿Irás á la ciudad?

—Ya lo he dicho.

—¿Crees colocarte en seguida?

—Eso espero.

—Pues no me parece muy seguro.

—Allá veremos.

—Marta, eso es una terquedad.

—No lo crea usted, padre.

—Bueno, está bien. Necesitarás dinero; ¿cuánto quieres?

—Nada.

—¿Cómo nada!

—Esté usted tranquilo; yo me las compondré como pueda.

—Ya comprendo, volverás al colegio.

—Eso pienso, y no quiero ocultárselo á usted; es pero que las madres me retengan en la comunidad, confiándome una clase de párvulas.

—¿Y si te equivocas?

—Si no pudiese hallar colocación en el colegio donde he sido educada, como la Orden tiene en Francia otros muchos, me colocarían en alguno de ellos. Ahora bien, padre mío, colóqueme donde quiera que sea, le suplico que á nadie diga ni mi resolución, ni el lugar donde me encuentre.

—Te lo prometo; pero ven á verme de vez en cuando.

—Pensaré constantemente en usted, mas no sé si, según deseo, podré venir á verlo.

—Lo cual quiere decir, poco más ó menos, que me quedo sin hija, murmuró Raclot, con cierta emoción real ó fingida.

La joven guardó silencio.

Nada más tenía que decir.



Estudio por Manuel Vicente Ruiz

Después de la cena, que no duró mucho recogióse Marta en su habitación, de donde descendió al poco rato, trayendo el cofrecillo de las alhajas.

—¿Qué tiene dentro? preguntó Raclot.

La joven levantó la cubierta.

El padre abrió desmesuradamente los ojos.

—Bueno, ¿qué? dijo.

—Desconozco el valor de estas alhajas que usted me ha regalado; pero parecenme demasiado lujosas para la carrera que voy á emprender y completamente impropias de mi posición; además una institutriz no necesita alhajas, más bien dicho, mejor es que no las tenga. Recójalas usted, pues; se las devuelvo.

Raclot miró á su hija lleno de asombro.

—Está bien, balbuceó; las guardaré para cuando las quieras.

—Esperábele todavía al usurero una nueva sorpresa.

Al día siguiente por la mañana, cuando Marta se despidió de él, observó que no llevaba más que una pequeña maleta.

—¿Y tus ropas? exclamó.

—Un poco de ropa blanca que llevo me bastará; en cuanto á mis vestidos y adornos, los dejo; comprendo que ninguna utilidad habían de prestarme; en todas las Comunidades hay un traje, y el que usen donde me coloque, será el que adopte.

Mientras Marta pronunciaba estas palabras, abrazó á su padre, saliendo al punto de la estancia.

Descendió rápidamente la cuesta, en cuya cumbre se alzaba el castillo. Dijérase que sentía prisa por alejarse de aquella vivienda maldita, pues lejos de ser tarde para tomar el coche, todavía faltaba media hora. Pero antes de salir de Aubécourt para mucho tiempo, tal vez para siempre, quería Marta dar un abrazo á su nodriza.

Encontróla ocupada en sus faenas.

—¿Cómo tan temprano, vida mía? exclamó la aldeana.

—Dentro de un momento tomaré el coche, y no he querido marcharme sin darte un abrazo.

—Está bien, Martita. ¿De modo que vas á la ciudad?

—Por ahora, sí; pero después, tal vez me vaya mucho más lejos.

—¿Vas á viajar?

—Sí, nodriza.

—¿Cuándo volverás?

—Acaso nunca.

La vieja hizo un movimiento de sorpresa.

—No he comprendido bien, Marta. ¿Qué acabas de decirme?

—Que me voy, acaso para no volver.

—Vamos, vamos; tienes gana de broma.

DEL DICHO AL HECHO

Hay Gran Trecho.

No porque alguien diga que su preparado es "tan bueno como" ó "más barato que" la Emulsión de Scott, debe el paciente dar oído á sus argumentos y jugar con su salud. La Emulsión de Scott es la preparación original; única recomendada por los principales facultativos y Academias de Medicina. Es el resultado de larga experiencia y estudio. El nombre **SCOTT** es garantía de la pureza de ingredientes y de la perfección del conjunto. Exíjase la **Emulsión de Scott** y rechácese todo frasco que no sea de la de **Scott** con la etiqueta representando al hombre con el bacalao á cuestas. Todo frasco que carezca de esa etiqueta es falsificado ó imitado. La

Emulsion de Scott

Es el remedio más adecuado para curar la Tisis, Escrófula, Anemia, Extenuación, Clorosis, Raquitismo, y todas las enfermedades en que haya Debilidad y pérdida de Carnes y Fuerzas. Esta medicina cura alimentando, reconstruyendo el sistema, devolviendo las fuerzas perdidas—*creando* carnes! Para los débiles la Emulsión de Scott es una Providencia. Tan segura como permanente, es siempre digna de confianza. El procedimiento de emulsionar el aceite con las hipofosfitos de un modo efectivo, es nuestro arte. Para preparar una Emulsión perfecta se necesita algo más que mezclar los ingredientes al acaso. Se necesita estudio, práctica y cautela, tres requisitos empleados siempre en la preparación de la Emulsión de Scott. Procúrese en todas las Farmacias y Droguerías.

SCOTT y BOWNE, Químicos, Nueva York.

- No por cierto.
- No te creo..... Pues ¿y tu casamiento?
- Todo ha concluido, nodriza; ya no me caso.
- ¿Qué me dices!
- La verdad.

La campesina permaneció inmóvil un instante, con los ojos abiertos como despavorida; luego lanzó un grito y se precipitó sobre la joven, colmándola de abrazos.

—¡Ah!; Lo comprendo, lo comprendo! exclamó; te vas, dejas el pueblo porque..... No te casas por... no necito decir más. Cuando ayer te pregunté: «Marta, ¿qué vas á hacer?» Me respondiste: «Pronto lo sabrás.» Y he aquí lo que fraguabas, de lo cual fui yo la causa. ¡Ah!; Soy una mala vieja, Marta!

Y se echó á llorar amargamente.

—Vamos, nodriza, no llores de ese modo, dijo la joven, sobre todo, no te acuses de nada; t'í sólo me confirmaste ayer lo que yo ya sabía, y, antes de venir á tu casa, mi resolución estaba formada. Si quieres mucho á tu Marta, si deseas evitarle un gran disgusto, no refieras á nadie lo que ha ocurrido entre nosotras; no quiero que se sepa que han llegado hasta mí las iniquidades de mi padre; no quiero que se sepa por qué Marta Raclot deja de casarse con Jorge de Santenay. Tal vez se dirá que su familia ha sabido por qué medios ha llegado mi padre á enriquecerse, y que Jorge no ha querido entonces á Marta Raclot. Pues bien; si se dijese ésto, deja que lo digan: te prohibo que me defiendas.

- Marta ¿qué has dicho á tu padre?
- Que quería ganarme la vida trabajando
- ¿Y de lo que has sabido?
- Nada.
- ¿Y te deja marchar así?
- No podía impedírmelo; por lo demás, está acostumbrado á vivir solo, y el cariño que me tiene no le mortificará mucho.
- Y á D. Jorge de Santenay, qué le has dicho?
- Tan sólo estas palabras: «No quiero casarme.»
- ¿Pero se ha contentado con eso?
- ¿Qué hacer!
- ¿No amas á D. Jorge?
- Cállate, nodriza, respondió la joven con lúgubre voz; le adoro. El amor que le profeso me da una fuerza desconocida, que torna, fáciles todos los sacrificios.

—¿Cuál?

—¡Morir de amor!

La vieja juntó las manos, y, contemplando á la joven, dijo con respetuosa admiración:

—¡Ah, Marta!; Cuán grande y noble eres. ¡Hubieses sido aquí la Providencia de los desgraciados, y te marchas! Pero, hija mía, ¿qué vas á hacer?

—No debo decírtelo.

—¿Adónde vas?

—No lo sé; adonde Dios me lleve.

En aquel momento se oyó en la calle el ruido de la diligencia, unido al de los cascabeles de las caballerías.

Ambas mujeres se abrazaron con efusión, y Marta salió diciendo:

—¡Adiós, adiós!

—¡Adiós, adiós! repitió la nodriza.

Marta estaba ya lejos, y aún permanecía la aldeana á la puerta de su casa, enjugándose los ojos con un pañuelo.

Lloraba la buena mujer, pareciéndole que la abandonaba una parte de sí propia, que su alma volaba hacia regiones desconocidas. Pensaba que la edad había destruido sus fuerzas, que tal vez pronto la muerte vendría á sorprenderla, y se decía en su dolor profundo:

—La niña de mi corazón se va y no volveré á verla.

Tres ó cuatro mujeres habían sido testigos de la despedida de la joven y de su nodriza. Miráronse entre sí asombradas, cual si se dijese: «¿Qué cosa tan rara!» y siguieron á Marta con la mirada hasta la diligencia.

Una de ellas, más atrevida que las otras, acercóse á la nodriza, preguntándole:

—¿Qué sucede? La señorita parecía estar triste.

¿Adónde va?

—No me lo ha dicho.

—He oído que decía á usted adiós.

—Es posible, no tiene nada de extraño.

—¿Por qué estaba triste?

—Yo no he reparado que lo estuviese.

—¡Vamos, tía Laugier, qué disimulada es usted! Todavía tiene lágrimas en los ojos.

Entonces, cortando de repente la conversación, entró la aldeana en su casa.

VIII

Llegó Marta á la Comunidad. Cuando las religiosas, á quienes había visitado la antevíspera, la vieron venir con su antiguo traje de colegiala, y oyeron que deseaba tener una conferencia con la Superiora, llenáronse todas de asombro.

Seguramente ocurría alguna novedad.

Las hermanas Angela y Leocadia pensaron al punto que alguna desgracia inesperada le había sobrenvenido á su querida discípula.

Sin embargo, pasóse aviso á la Superiora, la cual, llena de extrañeza, contestó que la señorita Raclot podía entrar. Un instante después hallábase la joven en presencia de aquélla.

Lo mismo que las hermanas, la Superiora echó de ver al punto la sencillez del traje de la hija del rico aldeano, y su sorpresa se aumentó con cierta inquietud.

Marta se aproximó, presentando la frente, sobre la cual la religiosa estampó un maternal beso.

—Siéntese usted, hija mía, dijo ésta indicando un asiento á la joven, y dígame por qué ha venido. No se lo oculto, su visita me sorprende. Veo en su aspecto que algo grave le ocurre. Hable usted, la escucho impaciente.

—Madre, respondió Marta con voz vibrante de emoción, esta mañana he salido de Aubécourt, separándome de mi padre para mucho tiempo, y vengo aquí en busca de un refugio junto á usted.

—¿Qué me dice usted! exclamó la Superiora.

—Madre mía, por motivos que voy á decirle á usted, pues debo hablarle con entera confianza, sin ocultarle nada, he manifestado ayer á mi padre y á Jorge de Santenay, que no quiero casarme.

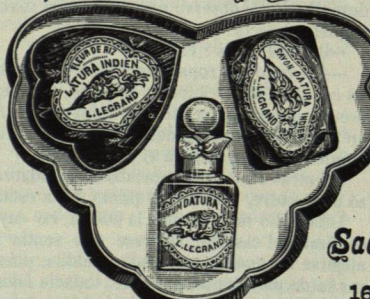
—¿Es posible! exclamó la Superiora, cada vez más sorprendida.

—Tenga usted la bondad de escucharme, y, cuan-

PERFUMERIA ORIZA
L. LEGRAND
11, Place de la Madeleine, 11
PARIS

ULTIMAS CREACIONES
Productos

DATURA
al **INDIEN**



Esencia. . . . **DATURA INDIEN**
Polvo de Arroz. **DATURA INDIEN**
Jabon. . . . **DATURA INDIEN**
Agua «Tocador» **DATURA INDIEN**
Aceite. . . . **DATURA INDIEN**

Sachets Oriza Solidificados
ELEGANTES TABILLAS
16 OLORES EXQUISITOS.

EN TODAS LAS PRINCIPALES CASAS DE LA SUR-AMERICA.

do sepa por qué he tomado semejante resolución, juzgará de mi conducta, diciéndome si he obrado bien ó mal.

La joven refirió entonces á la religiosa la conversación de los dos hombres, sostenida en la diligencia del ordinario de Aubécourt, su visita á la nodriza y las revelaciones de ésta, que habían sido la confirmación plena de las cosas oídas la víspera.

Continuó explicando lo mejor que pudo cuánto había sufrido pensando en las desgraciadas víctimas de su padre, en el dolor que iba á causar á Jorge y en su deplorable destino.

—Por fin, madre mía, añadió, he tenido fuerzas para mantenerme en mi resolución. Sin embargo, ante Jorge, he tenido un instante de desfallecimiento, mi corazón se desgarraba; pero Dios me auxilió, y pude consumir el sacrificio de los gozos que me estaban prometidos, escuchando la voz de mi conciencia que me gritaba: ¡Ese es tu deber!

La Superiora permaneció largo rato silenciosa, mirando á la encantadora joven con indecible expresión de ternura y bondad.

—Mi querida hija, manifestó al fin, estoy asom-

brada de lo que acaba usted de decirme. No vituperó su conducta; usted no puede ser vituperada; pero, hija mía ¿no ha sido usted demasiado rigurosa para sí propia? ¡Ah, Marta! Usted no se ha mostrado valerosa únicamente, sino también heroica. Sin duda que la obra de su desgraciado padre es impía, que las malas acciones de éste son condenables crímenes á los ojos de Dios; pero usted es inocente y no puede ser de manera alguna responsable de la conducta del señor Raclot.

Marta inclinó la cabeza, replicando:

—La maldición del padre recae sobre la hija. Las víctimas piden venganza.

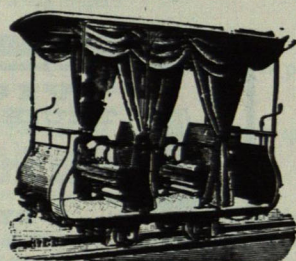
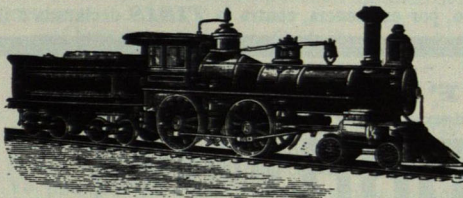
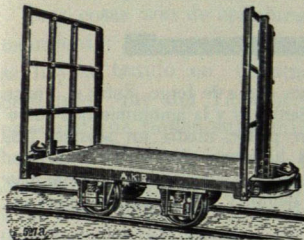
—Y usted ha querido ofrecerse en holocausto. Este sacrificio es grande, sublime; pero el Dios de justicia y de bondad, ¿podrá aceptarlo? Si así fuese, el inocente, que no es responsable, sufriría el castigo del malvado. Marta, conozco desde hace mucho tiempo las delicadezas de sus sentimientos de usted, y sólo puedo aplaudirlas. Sí, sabiendo que la fortuna de su padre está mal adquirida, no podía usted aceptar la dote que le daba, no podía usted ya comer el pan que le ofrecía. Comprendo

que haya usted devuelto al señor Raclot las alhajas y que haya venido aquí pobremente vestida. Pero, hija, usted ama á Jorge de Santenay, el cual, por su parte, le ama á usted igualmente, y Dios, protector y defensor de las víctimas, no le pedía á usted, que es inocente y buena, el sacrificio de su felicidad. Usted no quería recibir nada del señor Raclot, sea; pero entonces, en lugar de decir secamente á Jorge: "No quiero casarme," era mejor manifestarle la situación en que usted se hallaba. Noble de corazón y de sentimientos, no menos que usted, Jorge la hubiese comprendido, y estoy segura de que, como su hijo, el anciano General, apreciador de cuanto es bello y grande, la habría encontrado á usted suficientemente rica en virtudes.

—¡Ay, madre mía! respondió Marta con tristeza. Para eso hubiese sido necesario revelar á Jorge la verdad.

—Claro está.

—¿Y debía yo constituirme en acusadora de mi padre? replicó Marta. Además, se lo confieso á usted, hija de un aldeano que se ha enriquecido valiéndose de la usura y de otros procedimientos



ARTHUR KOPPEL

FABRICA DE FERROCARRILES PORTATILES Y FIJOS

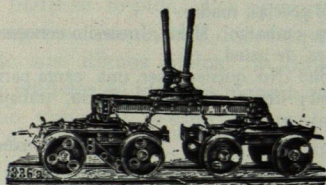
BERLIN, BOCHUM, CAMEN

FUNDICION DE ACERO EN WOLGAST

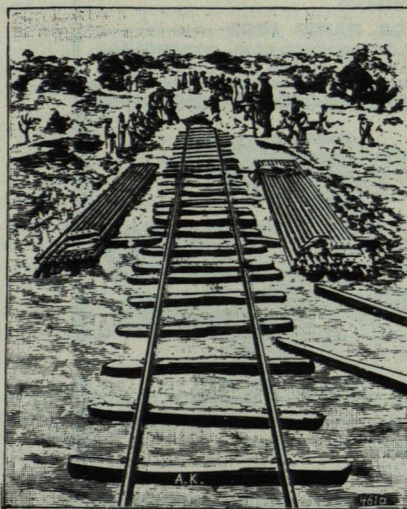
SUCURSAL EN LAS PRINCIPALES CAPITALS DEL MUNDO

MATERIAL

para ferrocarriles y tranvías.—Nuevo sistema de rails acanalados para tranvías.—Rails ligeros y durmientes de acero.—Cambios de vía.—Plataformas giratorias.

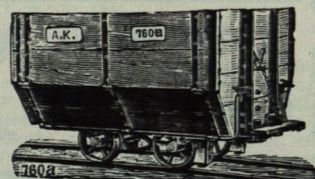


Especialidad para instalaciones en haciendas de caña, café y cacao



500

modelos de ruedas de acero.—Wagonetas y carros volcadores.—Coches para tranvías.—Locomotoras.—Puentes y materiales para puertos y estaciones.



Indispensable para minas, todo género de construcciones y grandes empresas

PRESUPUESTOS DE GASTOS Y CATALOGOS GRATIS

Exposición permanente de todo el material en miniatura, en esta sucursal:

OTTO NATHANSON

Caracas, Este 4, número 14 — (Tráposos á Chorro)

Agente para Caracas y Estados limítrofes:—ALFREDO JAHN

Caracas, Balconcito al Truco, número 44.—Ingeniero para oficinas de caña y café y toda clase de maquinaria, puentes y techos de hierro.

Agentes en el Zulia y Estados contiguos:—BECKMANN Y ANDRESEN—MARACAIBO

Agentes en Valencia, Becker, Gosewisch & Ca. Sucesores.—Agentes en Barquisimeto, J. Hanser & Ca.

VINO CON EXTRACTO DE HIGADO DE BACALAO

Véndense
en todas las principales Farmacias
y Droguerías.

CHEVRIER

Depósito general:
PARIS
21, Faubourg Montmartre, 21

El VINO con Extracto de Hígado de Bacalao, preparado por Mr. CHEVRIER, Farmacéutico de 1ª clase, en París, contiene, á la vez, todos los principios activos del **Aceite de Hígado de Bacalao** y las propiedades terapéuticas de las preparaciones alcohólicas. Es precioso para las personas cuyos estómagos no pueden soportar las sustancias grasas. Su efecto, como el del **Aceite de Hígado de Bacalao**, es soberano contra la **Escrófula**, el **Raquitismo**, la **Anemia**, la **Clorosis**, la **Bronquitis** y todas las **Enfermedades del Pecho**.

VINO CON EXTRACTO DE HIGADO DE BACALAO CREOSOTADO

Depósito general
PARIS
21, Faubourg Montmartre, 21

CHEVRIER

Véndense
en todas las principales Farmacias
y Droguerías.

La **CREOSOTA** de HAYA paraliza al trabajo destructor de la **Tisis pulmonar**, por que ella disminuye la expectoración, despierta al apetito, hace que la fiebre decaiga y suprime los sudores. Sus efectos, combinados con los del **Aceite de Hígado de Bacalao**, hacen que el VINO con Extracto de Hígado de Bacalao Creosotado, de CHEVRIER, sea el remedio, por excelencia, contra la **TISIS** declarada ó inminente.

VIOLET FRÈRES
THUIR (Pyrénées-Orientales) FRANCIACasa única para el **BYRRH** Con Vino de Málaga

El **BYRRH** es una bebida cuyas virtudes tónicas no se necesita indicar.

Hecio con vinos añejos de España especialmente generosos, puesto al contacto de sustancias amargas inteligentemente escogidas, contiene todos los principios de estas sin tener sobre el estómago la acción nociva del alcohol que hace la base de la mayor parte de las especialidades ofrecidas al público.

Es a la vez gustoso y absolutamente irreprochable al punto de vista higiénico.

El **BYRRH** puede tomarse á todas horas: la dosis de un pequeño vaso de Burdeos como tónico; mezclado con agua en vaso grande, como bebida de refresco.

EXPOSICION UNIVERSAL DE PARIS 1889

MEDALLA de ORO (la mas grande recompensa concedida)
En CARACAS: G. STURUP Y Cia, Sucesores y en las buenas Casas.

Inyeccion Cadet

LA MAS CONOCIDA

EN

todo el Mundo

PARA CURAR

EN TRES DIAS

sin otro alguno medicamento y sin temor de accidentes.

PARIS — 7, Boulevard Denain, 7 — PARIS

DEPÓSITOS EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS Y DROGUERIAS



Aceite de Hígado de Bacalao

DEL DOCTOR DUCOUX

Iodo-Ferruginoso,
al Quinquina y Cáscara de Naranja amarga

Los Médicos no vacilan en dar la preferencia, cuando se trata de curar las

ENFERMEDADES DE PECHO
LAS ESCRÓFULAS, EL LINFATISMO
LA ANEMIA, LA CLOROSIS, etc.,

al ACEITE de HÍGADO de BACALAO del Dr DUCOUX, Iodo-Ferruginoso, al Quinquina y Cáscara de Naranja amarga, porque no tiene ésta preparacion ningun sabor desagradable y porque su composicion la hace sumamente tónica y fortificante.

Depósito General : 7, Boulevard Denain, en PARIS

Se halla en todas las principales Farmacias y Droguerías del-Universo.

Desconfíese de las FALSIFICACIONES é IMITACIONES

odiosos, no me juzgo digna de Jorge. Entre el honor de la familia de Santenay y la ignominia que cubre el nombre de mi padre, media un abismo. No, madre mía, no; el honor no se alía con el oprobio. En estas condiciones, no podía yo decir á Jorge más que lo que le he dicho. "No quiero casarme; olvidame."

Al concluir estas palabras, Marta se echó á llorar. —¡Pobre hija mía! murmuró la Superiora llena de compasión.

Pasado un instante de silencio, prosiguió:

—Su lógica de usted es terrible, explica esos escrúpulos, y no puedo dejar de rendir homenaje á la profundidad de razonamiento que usted tiene. Llore usted, Marta, y consuele su corazón junto al mío; esas lágrimas están bendecidas, el ángel de su guarda las recoge para llevarlas al cielo y presentárselas á Dios, pidiéndole que obtengan algún día su recompensa.

—¡Ah! ¡Cuán desgraciada soy! exclamó la joven entre dos sollozos.

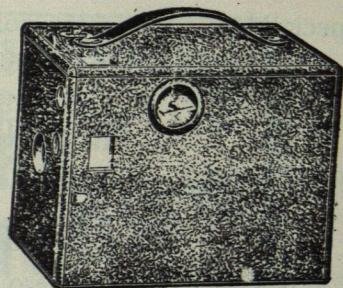
—Si, Marta; pero ya que ha venido usted á nuestro seno, no le faltarán palabras de consuelo, y espero que mi afecto y el de nuestras hermanas llegue á endulzar su pesadumbre. Me ha dicho usted que venía buscando aquí un refugio; lo tiene desde ahora.

—Mil gracias, madre.

—Sin embargo, Marta, necesito conocer sus intenciones de usted.

—¡Oh! No quisiera ser una carga para la Comunidad; deseo, por el contrario, trabajar y ser útil.

Continuará

CAMARA BOLIVAR
DE VENTA EN EL COJO

Cualquiera puede aprender á tomar buenos retratos en quince minutos con esta Cámara.

ACTUALIDADES

POR EUGENIO MÉNDEZ Y MENDOZA

El suceso de sensación en estos últimos días ha sido el terremoto que en la noche del 28 de abril último redujo á ruinas cosa de veinte poblaciones del Estado de los Andes, entre ellas la capital, la importante ciudad de Mérida.

A la hora en que escribo se ignora la extensión y los detalles de la catástrofe, puesto que aún no es cosa averiguada si de ella han sido víctima las poblaciones del Táchira, como es de creerse, atendiendo á que el sacudimiento terrestre parece haber sido también formidable en el Estado de Santander, de Colombia.

Tres cosas son de señalarse en este acontecimiento: la circunstancia de que antes se hayan tenido en Caracas noticias de Santander que del Táchira; la de que las personas que tienen sus familias en Mérida hayan tenido que ocurrir por noticias á Nueva York, por el cable (!); y la de que á la hora presente, doce días después de la catástrofe, no se sepa á punto fijo si fueron siete ó trescientas las desgracias personales de Mérida. No hay duda de que progresamos á ojos vistas.

Otra cosa queda de manifiesto siempre que en estas tierras ocurre un terremoto, (lo que se viene repitiendo con espantosa frecuencia, desde que los europeos hicieron conocimiento con la América, ya que de antes de esto, ni se puede asegurar lo mismo, ni hace al caso averiguarlo); y es ello la felicísima idea de nuestros venerables abuelos los españoles, muy fecundos en este género de ideas, de legarnos el sistema de construcción menos adecuado á países donde la tierra baila cuando nadie se lo pide. Por supuesto que más peregrina que la idea de los españoles es la de sus dignos nietos, de construir nuestros edificios de idéntica manera, siendo un hecho que estos se caen, contra la voluntad de sus dueños, cuando la madre común se desmerece.

Los españoles se dijeron: ¿aquí tiembla la tierra, eh? pues, edifiquemos nuestras viviendas de manera que se nos vengán encima de improviso.

Nosotros nos decimos:—Está probado que estas casas se caen cuando tiembla. No se puede negar que sobre nuestras cabezas está la espada de Damócles: la experiencia lo ha demostrado repetidas veces. ¿Qué aconseja la lógica? Edificar de otro modo. ¿Qué aconseja la rutina? Hacer lo mismo que nuestros abuelos.

Y, naturalmente, naturalísimamente, optamos por la rutina. ¡Oh! triste ley del atavismo!

Si aquí parara la cosa, con tener sus cuatro bemoles y todo el atávico absurdo, no fuera ello nada si no estuviesen presentes, para dar testimonio de muy agravante circunstancia, modernísimas casas de tres y cuatro

pisos, que, *el mejor día*, (como dicen en España), nos dan el susto del siglo, cuando muy menos, si la tierra da en sacudirse, como suele acontecer en esta nunca bien ponderada patria de los tataranietos de Pelayo.

LA SEÑORITA NEBLINA

Qué hora es? No puede ser de día. Sí, está oscuro, y el caso es que han llamado y llamando están, ¿quién diablo viene á despertarme?

Salto de la cama.... ¡Un fósforo! ¡Una ojeada al reló! Las cuatro de la mañana. Y la campanilla da! con su tilín, tilín, frenético. Vamos á abrir. Es mi amigo M....

—¿Estás loco ó borracho?

—Ni lo uno ni lo otro. Levántate y vístete aprisita, y á la calle sin tardanza si quieres verla y seguirla. Ella sale á las cinco en punto.

—¿Pero quién?—respondí todavía aturdido del despertar.

—¿Quién?—repitió él.—¿Quién ha de ser sino la señorita Neblina?....

**

Entonces me acordé. Es el caso que días atrás y discutiendo, habíamos hablado de la invención literaria y de los asuntos que la realidad ofrece. Yo porfiaba que rara vez ó casi nunca se nos presentan dramas completamente ordenados, y que siempre se necesita arreglar mucho, servir de la imaginación artística, y en una palabra, de la ficción.

Cité, por vía de ejemplo, *El hombre de las muchedumbres* de Edgardo Poe, *Las Viejecitas* de Baudelaire, y traté de calcular la parte de verdad y observación que admiten este cuento y este poema, y la parte de adorno que sin duda agregó el autor.

—Yo no pienso como tú—dijo M....—Yo creo que es muy frecuente encontrar el asunto hecho de pies á cabeza, y que es un error el arreglarlo.

—Pero se necesita la fortuna de tropezar con él.

—Yo he descubierto uno de esos asuntos completos.

—Pues cuéntamelo.

—Imposible.

—¿Pero de qué se trata?

—De la historia de la señorita Neblina.

—Diablo, el título es tentador. Venga la historia en abreviatura.

—Te digo que no puede ser. Pero paciencia. Cuando vea la ocasión propicia voy á buscarte y te hago que veas por tus propios ojos. Cuando hayas visto te comunicaré el secreto del enigma, y te aseguro que hay tela para un cuento muy bonito, sin más que escribir lo que dicte la realidad.

**

Al parecer había llegado la ocasión. Me conformé, me vestí á toda prisa y á la calle.

La niebla era intensa y apenas velamos el punto rojo del cigarro cuando aspirábamos una chupada.

A las cinco menos cuarto ya estábamos de guardia á la puerta de la Florida en Batignolles.

Al dar las cinco abrióse la verja y una mujer pasó rozando con nosotros.

—Es ella—dijo M....—sigámosla.

La señorita ya tenía sus años y aspecto de solterona, flaca y rígida. Vestía con decencia, limpieza y humildad: sombrero ancho, mantón con flecos y manguito. La neblina no me dejó verle la cara, pero conocí la edad por el modo de andar que indicaba huesos duros.

No obstante la vejez, la señorita Neblina andaba ligero: de fijo que tenía ocupación urgente. No alojó el paso hasta llegar á las fortificaciones, sobre la avenida de Saint-Ouen.

Casi le pisábamos los talones, á fin de no perderla entre la densa bruma.

La vimos subir al talud.

—Va á notar que la seguimos—dije al oído de M....

—No hay cuidado, está tan absorta como una sonámbula.

Se acercó á la orilla del foso, se echó al suelo y en voz tan baja como un susurro, llamó:

—¡Nene! ¡Nene!

Estuvo escuchando un minuto por lo menos, como si esperase respuesta.

Tres veces repitió el llamamiento.

—Vámonos—dijo M....—Antes de que llame por cuarta vez, porque va á volverse.

En efecto, se levantó y volvió hacia la avenida, desandando el camino y caminando muy despacio, cabizbaja, agobiada y haciendo eses como si estuviese borracha. Cuando llegó á la verja parecía imposible que se sostuviese, y comprendimos que apenas entrase en su casa se dejaría caer al suelo como herida por el rayo. De la verja á la puerta se arrastró agarrándose al pasamanos. Parecía el espectro de la ancianidad: me causó miedo.

**

—Bueno—pregunté—ahora que he visto, venga la historia.

—Por de pronto—respondió M....—te diré que este espectáculo puedes disfrutarlo idéntico cualquier día de niebla. Por eso le llamamos la señorita Neblina.

—¿Tú tratas á esa mujer?

—Sí.

—¿Y cómo?

—¿Qué te importa? Supongamos que es por casualidad. Y ahora te contaré.

—Sí, ahora vendrá la invención.

—Te doy mi palabra de honor de que lo que voy á decirte es la pura verdad.

—Te creo.

—Pues en dos palabras ahí va el caso.

—La señorita de R.... fué seducida á la edad de 16 años. Su padre, un viejo militar muy rígido en cuestiones de honra, mandó el chico á la inclusa. Dos días después del parto la madre leyó en un periódico, que á la izquierda de la avenida de Saint-Ouen había aparecido en el foso de las fortificaciones, el cadáver de un niño. Por rara casualidad el crimen coincidía con el envío de la criatura, y el día del crimen había sido de mucha niebla. No necesito decirte más: la infeliz vive dominada por la idea fija de que aquel cadáver, era el de su hijo. Ha concluido por volverse loca y siempre que hay niebla, como hoy y como entonces, hace lo que acabas de ver. Y aquí termina la historia.

JUAN RICHEPIN.

Los médicos reconocen unánimemente las excelencias de la "Emulsión de Scott."

Quillacollo, Departamento de Cochabamba, Setiembre 24 de 1893.

Señores Scott y Bowne, New York.

Muy señores míos: Por resultados obtenidos con la "Emulsión de Scott" de aceite puro de hígado de bacalao con hipofosfitos de cal y de sosa cada vez que he hecho uso de ella en casos de tuberculosis, afecciones escrofulosas, etc., he podido observar que esta preparación es una de las mejores en su clase. Comprendo perfectamente que los excelentes efectos que me ha producido la "Emulsión de Scott" en los casos mencionados se notan también en su aplicación á otras afecciones, como por ejemplo anemia, escrofulismo, rquitismo, clorosis, etc. Para el tratamiento de todas estas enfermedades está indicado el aceite de hígado de bacalao, pero prefiero la "Emulsión de Scott" por ser más agradable al paladar, y mucho más fácil á digerir.

De ustedes atto. s. s.,

DOCTOR J. RAIMUNDO VARGAS.

SÚPLICA

Se desea saber el paradero de los señores Sebastián Gil y Jovellar y Agustín Barrau y Gil sobrino de aquel. Ambos residían en San Fernando de Apure en donde tenían negocios en sociedad.

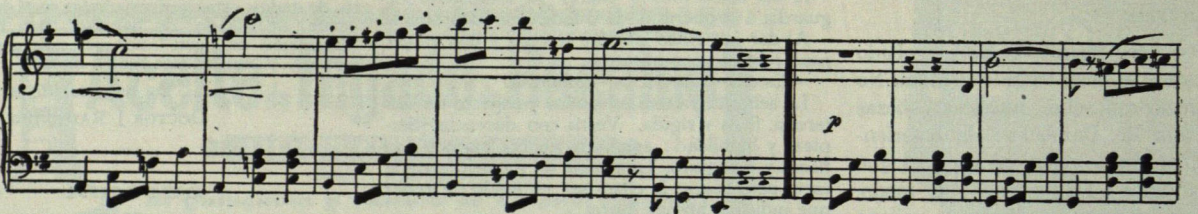
Nuestro corresponsal en Barcelona de España nos pide este informe para transmitirlo á la atribulada familia de aquellos señores.

Suplicamos á nuestros agentes y suscritores del interior de la República se dignen darnos algún informe si pudiesen hacerlo.

SANTIAGO

VALESE ESPAÑOL

por A. Carvin

*Mouvt de Valse.***PIANO***pp**p ritenuto***VALS***sf*

A handwritten musical score for piano, consisting of seven systems of staves. Each system has a treble and bass staff joined by a brace. The music is written in a 19th-century style with various notes, rests, and dynamic markings. The first system shows a key signature of one sharp (F#) and a 2/4 time signature. The second system includes a 'Cresc.' marking. The third system has a 'f' (forte) marking. The fourth system has a 'ff' (fortissimo) marking. The fifth system has a 'p' (piano) marking. The sixth system has a 'p' (piano) marking. The seventh system has a 'p' (piano) marking. The score is written in ink on aged paper.

